

Y el poeta no nos engaña. El primer mérito de un libro es la sinceridad. Mérito no pequeño y que, además, dista mucho de ser solo.

Luego viene una *Invocación* deliciosamente sencilla, tierna, fresca, grácil... Canta el poeta:

¡Vuélveme la fe pasada,
devuélvemé la alegría,
cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfria!

Y cambia el tono en seguida, para cantar á las cumbres:

¿Son las altas cabezas—de los recios titanes,
que después de la lucha—por el fuego celeste
sobre el haz de la tierra—se quedaron dormidos?

El poeta se eleva; sus versos adquieren á trechos sabor de oda clásica en formas modernas; adquieren elevación, energía, brillantez...

Mas es pasajera esta entonación. Sólo en tres ó cuatro poesías se encuentra. En general, el Sr. Fernández Shaw prefiere las tonalidades sencillas, íntimas, idílicas ó quejumbrosas, siempre dulces y frescas... Y emplea, para dar forma á sus impresiones, una gran variedad de rimas, que maneja todas con tal facilidad y tal acierto que parecen haber sido concebidas sin el menor esfuerzo. Parece que tal idea se concibió precisamente en romance, tal otra en rondillas, tal otra en versos de pie quebrado, y que el poeta se limitó á copiar sin quitar ni poner una palabra, sin cambiar una coma...

Tarea difícil es señalar como mejores algunas de las poesías del volumen. Por más que lo hojeamos una y otra vez no nos decidimos á escoger. ¡Son casi todas tan lindas, tan sentidas!... Acaso prefiriésemos los romances *Toque de ánimas* (notabilísimo), *La balada de los viejos*, *Agua del cielo*, *La de los ojos negros* (una preciosidad), *Rosas del monte*, *Mi camposanto*, *La vieja letrilla*, *Maldición señana*, *El tren que pasa*, *Romance del tiempo viejo*, *Misterios*, *Cuando bajan los lobos...*, *Luces trémulas*, *Caracol...* Esta metrificación, tan castiza y tan clásica, la maneja el Sr. Fernández Shaw magistralmente. La sencillez y dulzura de esos romances nos recuerda á veces aquellos ingenuos y deliciosos de Truébá, con la ventaja de que el autor de *Poesía de la Sierra* no cae jamás en las vulgaridades que algunas veces se encuentran en los romances del *Libro de los cantares...*

Mas no por los romances hemos de desdenar otras bellísimas composiciones. Hay entre ellas una singularísima, sugestiva: el precioso *scherzo Pierrot en la Sierra*, que principia:

Es una noche de luna clarísima,
sin una gasa de niebla importuna.
A los pinares, pinares de nieve,
baja Pierrot en un rayo de luna...

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Hay en *Poesía de la Sierra* romances ligeros, de una graciosa ligereza y de una honda emoción: *Toque de ánimas*, *Cuando bajan los lobos...*, *Misterios*, *Mi camposanto*, *La balada de los viejos*,—que nos conmueve con una intensa sensación desoladora...—Fernández Shaw domina el romance con el clasicismo á que responde por su estirpe.

Hay un *Nocturno* que es un primor de delicadeza y donde los rayos de la luna nos difunden su melancolía:

La luna risueña brilla
sin sombra de nube alguna.

Cercedilla
duerme á la luz de la luna.
Resplandecen, plateados,
los tejados
de los *hoteles* dormidos;
brillan las trémulas frondas
de sus jardines, sumidos
en la calma de los sueños;
brillan las trémulas ondas
de los estanques risueños.

Todo es calma, por la sierra
y en mi angustia... Todo es calma
en el cielo, y en la tierra,
y en el alma...

Cercedilla
no del cielo se recata.
Brilla, y brilla,
bajo una lluvia de plata
que alegre, que maravilla,
que da ensueños de fortuna...
Cercedilla
duerme á la luz de la luna...

Hay también un soberbio desfile de imágenes. En *Fuego en los pinos*:

El fuego está en la cima, junto al cielo encendido.
El monte es un gigante de piedra que ha quedado
ponerse una corona magnífica de llamas.

En *La Tormenta*,—una descripción vivísima, llena de efectos de luz,—las imágenes van engarzadas á los versos con poderoso vínculo. Asombra esta poesía por

el alarde del poeta, sublimando la realidad en estrofas de grandes bríos que nos transportan al lugar amenazado, y oímos silbar al viento furioso, y notamos que la lluvia nos empapa, y los truenos nos aturden, y los rayos nos ciegan... Todo es en *La tormenta* de una fuerza trágica insuperable, de un descripticismo absoluto, justísimo, de un intenso efecto interior.

Yo citaría, si el espacio que el periódico permite fuera como el otro espacio, todos los versos de éste libro; y sobre todos *Las cumbres*, *La noche de las hogueras*, *La de los ojos negros*, *La carreta*, *El tren que pasa*, donde:

Pasa el lujoso *expreso*...
Un rebaño se espanta...
Es que el campo se asusta
de la ciudad, que pasa...

Y *Por el camino*, y el *Madrigal*, que tiene, en la poesía, el sabor de los vinos añejos, y *Mi madre* y la tierna *Despedida*...

El poeta ha vencido; hecho espíritu está su propósito, hecho poesía, *Poesía de la Sierra*... Junto al colofón, más bien que en las páginas prologales, debieron escribirse estos versos invocadores:

Serranas he cantado. Son hijas de la Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en sus valles.

Y así nació mi libro sincero cuanto pobre.
Con él en vuestras manos más bien que sus estrofas
tendréis mi corazón...

Benito MARÍN.

21
NUEVO MUNDO

21 - V - 908

POESÍA DE LA SIERRA

Fernández Shaw nació poeta: después empeñóse en seguir la carrera teatral, colaborando en producciones del género chico, pero siempre, en el fondo del garbanzo literario, había un germen de poesía, y este germen, el átomo á veces impalpable de soñador y de literato, perjudicó siempre en su carrera franca á las obras representadas, aunque en muchas de ellas el éxito apareciera claro y decisivo.

Pero al fin el poeta vuelve por sus fueros y aquí viene triunfador con un libro de poesías, mientras aguarda la hora de vencer en el teatro Real con una adaptación de *Margarita la tornera*, musicada por el insigne Chapi, y en el teatro Español con un drama romántico, del que hacen ya anticipadas y merecidas alabanzas los que han de interpretarlo.

La enfermedad pasada y el renacimiento de su personalidad física y artística le traen de nuevo al camino de sus amores y de su temperamento. Nació poeta, se equivocó en currinche y revive en poeta.

Al publicar estas inspiradas y rítmicas estrofas que llevan el título de *Poesía de la Sierra*, ya anuncia la próxima aparición de un segundo tomo que se titulará *Poesía del Mar*. Y el cronista se ve obligado á festejar lo presente y á felicitarlo de lo futuro, que no están los tiempos tan sobrados de himnos á lo Ideal para que puedan pasarse en silencio unas canciones que sólo á lo Ideal aspiran y se dirigen.

Escribiendo versos no hay que pensar en el lado práctico, que en España no lo tiene todavía, y es un grato consuelo percibir de vez en cuando la sana y oreada brisa de la sierra que nos aparta un momento del luchar sin tregua de la vida, de esa lucha

... que á los hombres,
cuando el mal los quebranta,
cuando el hambre los come,
les desvelan y asombran
los ajenos derroches...
en el alma despiértanse
los instintos innobles
de la fiera...

¡Los lobos
se despiertan entonces!

De todos los trabajos literarios, el único relativamente pagado es el Teatro. Los demás se cotizan en elogios, que es un precio de escaso valor para reducirlo en vil moneda. Precisamente en estos días anda á vueltas por los periódicos un reclamo del inmortal reclamador D'Annunzio, que en esto da quince y raya á todos los Barnum conocidos. Dice, para que los demás lo digamos, que le ofrecieron ochenta duros—ó dollars, para mayor claridad y mayor ganancia en el cambio—por cada verso de los que empleara en cantar una Epopeya en loor de Washington, y dice, para que los demás nos admiremos, que rechazó los ochenta dollars por verso.

No afirmaré que era pagarlo bien, porque nadie pensó en semejante pago, pero no cabe duda de que es un reclamo de padre y muy señor mío.

Y á este propósito recuerdan los periódicos italianos, y vamos copiando franceses y españoles, el precio de algunas obras célebres. Octavio Augusto, con escándalo de sus cortesanos, dió á Virgilio diez sextercios, poco más de dos mil pesetas de nuestra moneda actual, por un canto de *La Eneida*. Al lado de este despilfarro imperial, aparece aún más sórdida la tacañería de otros buenos negociantes, como el apreciable Samuel Simmons, comprando *El Paraíso Perdido*, de Milton, en veinticinco duros, ó Racine, vendiendo su *Andromagne* en cinco mil pesetas.

Y como los poetas siempre realizan malos negocios, incluso cuando creen que se les presenta uno magnífico, aquí encaja perfectamente la conocida anécdota de Alejandro el Grande, con un versificador que no tuvo más razón para la posteridad que esta de figurar, á verdad ó á mentira, en la leyenda del rey macedonio. Cuentan que el mismo poeta le propuso al Rey acompañarle en una de las expediciones guerreras para ser el cantor de sus hazañas y de sus victorias.

11-

El Rey aceptó gustoso la oferta y prometió una moneda de oro por cada verso bueno, á trueque de que el poeta consintiera en recibir una bofetada por cada verso malo.

Como ya en la antigüedad los literatos eran orgullosos, el poeta del cuento confiaba en su inspiración y en el divino auxilio de las Musas, é hizo un poema en veinte cantos, pero se le olvidó invocar á la Diosa de la Paciencia para el momento de la lectura.

Oyó el gran Alejandro sin pestañear la inacabable relación poética, quedóse luego con el original y, repasándolo bien para resolver con justicia, mandó que entregaran al poeta siete monedas de oro por los siete versos buenos que encontrara, y el resto del poema, hasta unos mil ochocientos versos, mandó que se lo pagaran los soldados en contantes y sonoras bofetadas...

Cuentan también que aquel fué el último poema que dedicó á su augusto soberano...

Conformes y de acuerdo en que no es negocio escribir versos, mostrémonos de acuerdo también en agasajar á los que regocijan la vida con un soplo de lo inmateral, á los que saben encontrar en las cosas el celeste aliento de un alma que las alienta, á los que ven en el campo algo más que mieses y pastores, rocas y arroyos, á los que sueñan que

por el sereno ambiente de este cuadro de idilio dijérase que pasa la sombra de Virgilio...

Justo es glorificar á los que triunfan en las peleas de la vida, pero no olvidemos á los luchadores que caen.

Una insensata vehemencia
para sentir, me ha perdido.
La lucha por la existencia
me ha rendido.
Esta es la triste verdad
de mi suerte.
Los que sabéis mi ansiedad,
¡tenedme, por Dios, piedad,
en mi vida y en mi muerte!...

Y aunque el poeta, despidiéndose de la sierra, cree que

se aleja, como vino, con trágicos pesares...
por fortuna, ésto, que fué un presentimiento,

no llegó á ser una realidad, y las letras españolas deben mostrarse complacidas de que la sierra y el mar devolvieran la salud á quien supo encontrar, plácida ó clamorosa, suave ó huracanada, la poesía que envuelven las ondas del mar y los repliegues de la sierra...

MANUEL LINARES RIVAS



Para encontrar arte durante la semana, ha sido necesario buscarle en los *cines*, que nos han dado tres cosas interesantes: una comedia de Fernández Shaw en el *Coliseo Imperial*, un diálogo de Rusiñol en el *Salón Regio* y una *reprisse* de *El genio alegre* en el *Coliseo Victoria*. La comedia de Fernández Shaw es una obra fina que fué muy aplaudida y con razón, y valió para que la Sra. Valdivia demostrase de nuevo sus excelentes condiciones para ese género de obras; el diálogo de Rusiñol, es una conversación entre el idealismo (*Pierrot*) y el utilitarismo (*Colombina*), en que tras muy poéticas razones *Pierrot* vence y logra la sumisión de *Colombina*, y los aplausos del público, que en casos tales siempre se inclina del lado de la poesía aunque otra le quede; y la *reprisse* de *El genio alegre*, aceptablemente interpretada y puesta con propiedad, en una decoración nueva y buena de Barta, demostró una vez más que el público modeño ama y comprende el arte con admirable instinto, y que los autores hacen bien en buscar por ese camino la regeneración del teatro: educando el gusto del público en los *cines* se mata el género chico grosero y repugnante, y esa es una labor altamente meritoria.

Por realizarla merecen aplauso: Benavente, que fué el primero en dar obras originales á un *cine*; Fernández Shaw y Rusiñol, que le han seguido ya, y Linares Rivas, que se dispone á copiar su ejemplo, y ha dado una obra al *Príncipe Alfonso*. De ellos será el triunfo; pero nosotros debemos agradecerles la labor, porque elevando el sentimiento estético del público, para todos trabajan.

"La Opinión" Trujillo 21.5.908.

Poesía de la Sierra

Así titula el tomo de versos que acaba de publicar el gran poeta y maestro Carlos Fernández Shaw.

Si hubiéramos de seguir paso á paso todo lo que el autor nos dice en su último libro, haríamos un artículo inacabable, no tanto por la extensión que hubiéramos de darle, cuanto por mi insuficiencia y atrevimiento al ser crítico del poeta reconocido por todos como el más hondo y delicado. ¿Pero quién se resiste, después de gustar la dulzura de *Poesía de la Sierra*, sin atreverse á dedicar al autor un acento de admiración? ¡Son tan hermosas las composiciones de su libro!

Es cuanto me atrevo á decir, y más que á su libro, aparte de recomendar á todos su lectura, voy á dedicar al maestro las siguientes líneas, que ajena á la adulación me dicta el corazón y la conciencia.

Muy joven, niño aún, publicó Carlos Fernández Shaw su primer tomo de versos, *Poesías*, y en él nos cuenta, para mostrarnos, sin duda, que «el poeta nace, y no se hace», que llevaba cerca de cinco años «emborronando cuartillas.»

Después publicó una leyenda, *El defensor de Gerona*, que dió á conocer por medio de una lectura en el Ateneo, antes de imprimirla, y más tarde vertió al castellano varios *Poemas* del gran poeta lírico francés François Coppée, precediéndolos de un estudio acerca del autor y demás poetas líricos contemporáneos de Francia, á cuya publicación siguió muy de cerca la de *Tardes de Abril y Mayo*, nuevo tomo de poesías que se publicaría hacia el año 1890.

Desde entonces, dedicó al periodismo y á la política—que le condujo á ser, por dos veces, diputado provincial de Madrid, representando al distrito de Navalcarnero—San Martín de Valdeiglesias—primero, y al teatro después, no había publicado más que composiciones sueltas en diferentes periódicos y revistas, principalmente en *Blanco y Negro* y en el *Ateneo*.

Para combatir la neurastenia que hacia algún tiempo padecía, permaneció larga temporada en la Sierra de Guadarrama, durante todo el verano último y principio del otoño, casi hasta Noviembre, mes que pasó entre nosotros, parte en Trujillo y parte en el campo.

De su corta estancia entre nosotros, gratos recuerdos nos deja, y deseo grande de volver á abrazar al cariñoso amigo, al inimitable maestro y al gran poeta, honra de las letras patrias.

23

Como resultado de su estancia en Cercedilla, acaba de dar á la imprenta su nueva obra *Poesía de la Sierra*, que dedica el autor á la memoria de su madre y lo hace en estos términos:

A la memoria
de una santa mujer,
espejo de virtudes,
fuente de amor,
madre de mi cuerpo mortal,
madre de mi alma.

Todos los versos de Fernández Shaw son buenos, pero los de *Poesía de la Sierra* son inimitables, dulces y hermosos porque tienen los aromas de un ambiente sano, las bellezas naturales, las emociones de un espíritu grande y los sentimientos de un alma enferma.

La vieja letrilla, La Balada de los Viejos, La música de los títeres, El Tren que pasa, Por el camino..... todas las composiciones de *Poesía de la Sierra* deleitan y encantan. *La Tormenta*, que á continuación copiamos, es una de las

composiciones que el autor leyó en velada íntima en casa de su hermano don Rafael, motivo que nos mueve á copiarla porque ella nos trae el recuerdo del maestro y el de sus dulces y cariñosos acentos.

J. MARTÍNEZ GALA.

* *

LA TORMENTA

El pueblo, y el monte, y el amplio contorno,
se rinden postrados. Aplana el bochorno.
Las tierras abrasan lo mismo que un horno.
Difusa calina, difusa y confusa,
recubre los picos, los puertos, en torno.

Se ahogaba la brisa; dejó la arboleda.
El aire, en el bosque, dormido se queda.
Aliento cansado de un pecho remeda.
A rastras la densa neblina camina.
Vapor asfixiante cubrió la roqueda.

No es grato: fatiga tan hondo sosiego.
Los árboles callan, los pájaros luego.
Las aguas se niegan al salto y al riego.
Parece que el aire contagia; presagia
qué vienen, que llegan las nubes de fuego.

El fuego en sus hondas entrañas se encierra.
Son nubes de espanto; son nubes de guerra.
Temblando á sus iras, se postra la tierra.
Ya vienen las nubes airadas,
las nubes preñadas
de males y daños, las nubes de guerra.
Ya vienen, ya tienen
cogida en sus garras á toda la sierra.

En tanto, sofoca y aplana el bochorno.
Las tierras transmiten la fiebre del horno.
El aire en el bosque dormido se queda.
Aliento cansado de un pecho remeda.
Recubre los montes intensa calina,
y á rastras la densa neblina camina.

Un aire se mueve, muy leve... muy leve...;
un aire muy breve
que apenas se mueve;
un aire muy manso que á nada se atreve;
un aire muy ledo, muy quedo;
un aire que tiembla, que tiembla de miedo...

El aire, tan quedo, se agita;
despierta, palpita...
Un soplo que llega del monte lo excita.
Sus alas extiende.
Por toda la anchura del valle se tiende.
Ya vuelos emprende.
Su soplo es de fuego: las tierras enciende.
De pronto, en un solo y horrible momento,
se espanta, se encoge con tímido aliento,
captado, cazado, comido del viento,

y un cálido viento sus furias desata:
el viento invencible, fogoso, terrible,
¡que ciega y que mata!

El viento es heraldo que manda la nube.
Lo mismo que el águila viene.
Lo mismo que el águila sube.
Sus golpes no cuenta;
ni para ni alienta;
parece que el mismo volar lo acrecienta;
que el ímpetu mismo que lleva lo anima.
De un salto—¡miradle!—se planta en la cima
que busca el milano y el pino corona,
y allí, con acentos de furia violenta,
con bárbaras voces, publica y pregona
que acude, que viene detrás la tormenta.

Llegó como un monstruo, que teme de nada;
se entró por el puerto, barrió la cañada,
cual monstruo de múltiples brazos,
que á ciegas reparte sus recios zarpazos.
Acá se levantan, y allá, remolinos
que en ondas y en lluvia de polvo concluyen,
que barren atajos y borran caminos...
Los pájaros llegan; los pájaros huyen...
Los árboles locos parecen,
que así cabecean, y tal se estremecen,
y tal, con temblores de rápidas llamas,
agitan, nerviosos, las trémulas ramas.
Y en vano á la lucha se aprestan.
Prendidos, sujetos del suelo en que viven,
con débiles golpes sus brazos contestan
al golpe feroz que reciben.

¡Ya vino la nube! Ya rasga sus senos,
volcandó la lluvia á torrentes;
rebotan sus aguas los cauces rellenos;
el torvo nublado vomita serpientes
de escamas ardientes...

¡Ya ciegan los rayos y aturden los truenos!
Jamás la tormenta— ¡cuán brava! ¡cuán dura!—
pasó ¡deslumbrándome! con tanta hermosura.
¡Jamás á mis ojos pasó tan altiva,
tan larga, tan recia, tan grande, tan viva!
¡Jamás la anunciaron, con tales acentos,
con ímpetus tales, sus ásperos vientos!
El rayo que baja
cortando las nubes, ya es filo que taja;
ya es punta que escinde, que raja;
ya es mazo tremendo que rompe y desgaja;
¡ya es fuerza de alud que descuaja!
Ya viene de un trazo, seguro, certero:
ni un punto en las ondas del aire se quiebra.
Ya traza en las ondas del aire ligero
la marcha ondulante de larga culebra.
A veces, difunde su luz azulada
por toda la extensa cañada;
á veces, sumando sus cárdenas lumbres,
lo mismo que un dardo se clava en las cumbres,
y en tanto, con voces de trágico treno,
retumba, de valles en valles el trueno.

Más fuerte retumba
que el viento que silba, que clama y que zumba.

¡Retumba!, ¡¡retumba!! ¡y asombra y arredra!
¡Parece que estallan los montes de piedra!
¡La vóbada inmensa parece que cruje!
¡Parece que el aire fatídico ruge,
con otra tormenta, de olimpícos celos;
que pone en los cielos rabiosos anhelos;
que escala el nublado, con rápido empuje,
con súbitos vuelos,
y al cabo, triunfante, clavando su garra,
con fuerzas de Atlante, desgarrá... desgarrá...
desgarrá los cielos!!!

¡Tormenta grandiosa!.. por tí transformado,
por tí saturado
del hálito mismo, quizás que te lleva,
¡retorno á la vida del tiempo pasado!;
¡mi espíritu alegre, su vida renueva!

Por tí, y en tu seno,
mejor que en las horas del ocio y la calma,
disipo mi angustia, mis ansias enfreno;
¡restauro los bríos del cuerpo y del alma!
Sacude mi cuerpo su torpe desmayo:
mi espíritu alienta, mi espíritu sube,
y en fáciles vuelos sus alas ensayo;
mi espíritu quiere subir con la nube,
volar con el aire, vibrar con el rayo;
tornar al ensueño, tornar á la altura,
sin mal que le postre, sin ley que le mande!...
Tormenta grandiosa, — ¡cuán brava! ¡cuán du-
¡mi espíritu adora tu larga aventura, [ra!:-
tus libres alientos, tu espíritu grande!

¡Volvedme, los vientos
de libres y fuertes y puros alientos,
tornadme á las fuertes y sanas canciones!
Seguid alumbrando mi ruta, centellas!
¡Vibráis como grandes y locas pasiones!
¡Volvedme á las mías! ¡No vivo sin ellas!
¡Descarga la nube, rasgando sus senos,
volcandó la lluvia á torrentes...!
Rebotan sus aguas los cauces rellenos.
El torvo nublado vomita serpientes
de escamas ardientes...

¡Los rayos deslumbran! ¡aturden los truenos!
Y en tanto, la hermosa tormenta me agita,
me alegra, me excita;
¡con gozo del alma mi pecho palpita!
¡Señor de los valles, Señor de la sierra,
Señor de las aguas del mar y del río!
Señor de los Cielos!.. ¡Señor de la Tierra!
¡Dios santo!.. ¡Dios mio!
¡Rendido á tus plantas mi amor te consagro!
¡Ya vuelvo á ser mio!.. ¡Recobro mi brio,
siquiera un instante, por nuevo milagro!

¡Señor, que los orbes gobiernas,
Señor de los mundos y Padre del hombre,
Señor de las grandes verdades eternas,
cien veces, mil veces, bendigo tu nombre!
Por Tí, que perdure mi juicio sereno;
por Tí, que me salve de nuevo desmayo.
¡Quisiera ser fuerte!.. ¡Quisiera ser bueno!
¡Si no, que enloquezca, por obra del trueno!
¡si no, que sucumba, por obra del rayo!

"Poesía de la sierra"

Versos de Fernández Shaw

He aquí el juicio que merece al crítico de *La Correspondencia de España* la última producción literaria del inspirado poeta y distinguido paisano nuestro don Carlos Fernández Shaw:

«Carlos Fernández Shaw es antes que toda otra cosa y sobre todas sus facultades, un poeta, un verdadero é inspiradísimo poeta, cuyos versos llegan al corazón del lector, conmoviéndole é inundándole de melancólica poesía, de inefable y consoladora dulzura.

El libro que acaba de publicar es una prueba más de su estro poético, maravilloso y fuerte. «Poesía de la sierra» es verdadera poesía, de la que llega al alma, y la llena de agradables nostalgias; de la que hace asomar á los ojos lágrimas de dulcísima emoción.

«Las rosas del monte», «La careta», «Mi camposanto», «La tierra al sol», «Misterios», todas las composiciones, en fin, que contiene el libro, son de una belleza insuperable. No por mejor, sino por más breve, pues la falta de espacio nos impide otra cosa, publicamos la siguiente, en la seguridad de que lo agradecerán nuestros lectores.

¡EN MARCHA!

Expira Septiembre.

Las nieblas

Llegaron de pronto.
Llegaron las nieblas, cubriéndolo,
Borrándolo todo.

Apenas vislumbra la vista
del monte vecino la falda.
¡Qué denso nublado! La Sierra,
detrás de sus velos, quedó secuestrada.

Los pinos que, al cabo consiguen
surgir un instante,
moviendo en la niebla sus trémulas ramas,
—así como naufragos que piden socorro,—
parecen fantasmas...

¡Qué lluvia tan triste!
¡Qué triste rebota! ¡Qué triste resuena!
La historia de siempre que pronto
repite sus giros y vueltas:
¡qué poco duró la alegría!
¡qué pronto volvió la tristeza!

Cuán graves, qué adustos,
los montes altivos, con grises crespones
recatan su pena.
Parece que el aire suspira.
Parece que lloran las nieblas.

Al fin, de su seno,
los montes me alejan.
También de su grato refugio
me expulsa la Sierra...

Carlos Fernández Shaw (y estamos seguros de que este recuerdo le será grato) procede también de aquel Círculo Nacional de la Juventud, de gratísimo recuerdo, que presidió el ilustre González Serrano, y del cual salieron Joaquín Dicenta, Emilio Ferrari y otros, que, si no en tan alto grado, honraron y honran á su patria en la literatura, en la política y en el periodismo.

Allí, en aquel entusiasta y cultísimo Círculo, se dió á conocer Fernández Shaw, «Carlitos», como le llamábamos todos, pues era el más joven, el Benjamín, de la casa, en la cual nos admiraba, cuando apenas tenía diez y seis años, recitándonos con su admirable arte las poesías de Zorrilla y las suyas propias, entre las que ya había algunas de belleza sin par.

Los que desde entonces hemos seguido—fieles á una amistad que los años no borran—con devoción creciente la carrera de éxitos de Fernández Shaw, no podemos menos de felicitarle por su último triunfo y de regocijarnos con él, como si de nuestro propio triunfo se tratara.

FERNÁN SOL.»

26

16

"Unión Ibero Americana" - Abril
Madrid

POESÍA DE LA SIERRA

VERSOS DE CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Lleven estas líneas un saludo cariñoso al amigo, un aplauso al maravilloso poeta, una ferviente expresión de gratitud; el Sr. Fernández Shaw ha traído a mi memoria los hermosos recuerdos de felices días en que sus inolvidables padres, tan dignos y nobles, formaban con los míos un verdadero cuadro de familia en esa sierra de Córdoba, edén de Andalucía, en aquellas pintorescas huertas de Se-

lina y Valero, donde la mano de Dios derramó tesoros de hermosura y fuentes inagotables de poesía.

Allí empezó a sentir el adolescente los primeros latidos de su genio poético; allí, ante tan rica y exuberante naturaleza, tuvo Carlos la visión del porvenir y atesoró en su alma las riquezas que había de prodigar después a manos llenas. ¡Cuántas desventuras y contrariedades desde entonces! ¡Cuántas desgracias acaecidas! Los serenos días de las aromadas primaveras tornáronse en frío invierno; pero ¡oh poder maravilloso del poeta!, la musa de Fernández Shaw, siempre inspirada, cobra fuerzas cuando parecía haberlas perdido, y la Sierra de Guadarrama vigorizó poderosamente y dió desarrollo magnífico a las primeras impresiones de la Sierra de Córdoba. De ésta recibió el bautismo de sentimiento, de p'ac dez, de cielos azules, de brisas perfumadas, de aromas de naranjales y de noches serenas; en Guadarrama tuvo la confirmación de energías varoniles, de pensamientos tan elevados como aquellas cumbres, de fragorosas tormentas: allí el sol prestábale bríos para lanzarse a la vida; aquí las nieves calmaban sus ardimientos dándole madurez y serenidad; allí preparaba su alma para la lucha; aquí llegó triste y enfermo con el desaliento por compañero, y ante aquella naturaleza en todos sus esplendores y ante los estímulos de la fe que inundaban su alma, vencieron sus energías, sintió torrentes de inspiración, cantó como nunca lo había hecho, y de su corazón tan sano y tan hermoso brotó la santa poesía, y el libro de la Sierra vino al mundo, y vino tan gigantesco como aquellas montañas, tan galano como las huertas de Córdoba y tan lleno de la fe que alentaba en aquel pecho que lloró y rezó, y cuyos latidos han tomado forma real en los versos que hoy admiramos.

No trato de hacer una crítica del libro de Fernández Shaw, ni de analizar sus infinitas bellezas; no abrigo tal pretensión ni de ello me creo capaz; vengo sólo a decir: «Leedlo y gozaréis, vosotros los que aún amáis la poesía y creéis no ha desaparecido su reinado; empapáos en sus páginas y lloraréis, y la admiración imperará en vosotros, y no lo dejaréis de la mano hasta haberlo concluido». Desde la *Invocación* hasta la *Despedida* recrearánse vuestras almas

con torrentes de inspiración, con descripciones tan breves como enérgicas, con pensamientos profundos, con una forma poética tan bella como correcta.

Los sonoros versos del Sr. Fernández Shaw son hijos de una gran madurez de juicio, de un exquisito sentimiento poético y la obra de un artista: innovador, en el buen sentido de la palabra, entra en nuevos derroteros, y en su métrica, variada y rica, brillan todos los matices y acepta todas las libertades, hasta rompiendo con antiguos moldes; pero jamás es prosaico; nunca dice lo que nadie ha de entender, empezando por el poeta; no inventa palabras ni se deleita con arcaísmos para pasar por erudito; todo en su poesía es natural, sencillo, sin afectación, sin petulancias, y por eso llega al alma, por eso es un verdadero poeta. Fernández Shaw no malgasta su talento en ensayos risibles, que durarán menos que el espacio de una mañana, y cuyos autores ni siquiera serán émulos de Gerardo Lobo y de Comella y, en todo caso, sólo nos traerán a la memoria a Estrada, el del Pis-

27

17

tón, y á Pascual y Torres, el famoso veterinario de Málaga. Y esto es más triste, cuanto el mayor número de esos tuberculosos de la poesía tienen inspiración y saben hacer, cuando bajan á la verdad desde la cúspide del absurdo, adonde han subido buscando lo que jamás encontrarán.

Designar lo mejor del libro es imposible; todo en él es bueno y mucho admirable: la *Invocación* es de una hermosura sin igual; allí en forma encantadora viven juntos esperanzas y temores; en la *Tormenta* el poeta toca las cumbres de lo sublime, nos arrebatá, nos aterra y nos cautiva con su grandilocuente final; *El toque de Animas* y la *Baiada de los viejos* son dos maravillas de ternura y melancolía; *La noche de las hogueras* es un canto á los recuerdos de su juventud, tan sentido como brillante; *Mañana de Junio*, un primor de arte y galanura; *La música de los titeres* tiene todo la tristeza de las pobres gentes que la dieron vida... ¿A qué citar más? Leed, y leed sin descansar, que os brindo con ello horas de inefable encanto.

Mi madre es la poesía que me embelesa; no sé si es la mejor, pero sí es la más hermosa; en ella el poeta vierte su alma y canta desde lo más hondo de su pecho. *Mi madre* trae á mi memoria la figura de aquella santa señora, modelo de hijas, esposas y madres, cuya frente, coronada de todas las virtudes, y cuya sonrisa, en la que se dibujaban los tesoros de su corazón, han quedado tan fijas en mi recuerdo que pareceme verla todavía. ¡Benditos los hijos que así honran á madre tan venerable!

Estos desaliñados renzones, son, únicamente, notas íntimas, sin la menor pretensión de juicio crítico; van, como salieron de la pluma, al correr de ésta, y sirven sólo para decir al amigo cuánto lo quiero, y al poeta cómo le admiro.

No creo que este libro tenga detractores ni que interrumpa el aplauso general ningún espíritu culto; pero si así no fuera, dése por muy contento el Sr. Fernández Shaw; esa sería la mejor confirmación de la hermosura de su obra por aquello de

«Si el necio aplaude, peor».

El Conde de Casa-Segovia.

Para que lo agradezcan nuestros lectores, copiamos una poesía tomada al azar; así entrarán en vivos deseos de conocer el resto:

La Noche de las Hogueras.

I

La noche ha llegado, purísima y clara.
Apuestos galanes y mozas apuestas,
que siempre con filtros de amor hechizara
la clásica noche, ¡tornad á sus fiestas!
La noche famosa volvió de San Juan.
San Juan á los hombres sonrío.
De ver sus leyendas triunfantes se engrío.
¡Galanes y mozas, cantad y bailad!
Los cielos se visten con luces de plata.
Es astro en la tierra la roja fogata.
La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, soñad!
La fiesta es de amores.
¡Dime llas y mozos, amad!
Redonda, la luna, preside el encanto
del mundo que goza, del hombre que marcha
detrás de un ensueño, feliz entre tanto...

¡Prendida parece del cielo en el manto,
magnífica rosa de luz y de escarcha!
Su luz misteriosa, que es pura delicia,
se aduerme en el llano, recubre la Sierra,
se extiende impalpable... Como una caricia
que viene del Cielo, recorre la Tierra.
No es dable que miren
los ojos humanos mayor hermosura.
Bellezas tan dulces no es dable que inspiren
mayores anhelos de paz y ventura.
¡Qué cuadro tan vivo! Lo veo
con ávidos ojos ¡Lo evoca el deseo!
Cuán buena retorna, sembrando esperanzas,
la noche en que es siempre verdad la quimera.
Los mozos y mozas enredan sus danzas
en torno á la hoguera...
Con saltos y gritos, nerviosos, vibrantes,
las vueltas repiten del clásico juego;
inundan á veces de luz sus semblantes
las llamas que crujen con tonos de fuego.
Sus manos se estrechan y enlazan;
formados en ronda circulan veloces;
persíguense locos, y al cabo se abrazan,
llenando los aires de báquicas voces.
Y siguen danzando,
soñando... soñando
con grandes victorias de amor y fortuna,
risueñas las mozas, los mozos risueños...;
¡y sigue alumbrando la fiesta la luna,
la luna, que es astro de amor y de ensueños!

28

18

Empiezan á poco las coplas de amores,
que cantan el logro de tiernos favores
ó lloran las penas de injusto desvío. .
Y, en tanto, ¡qué gozo! ¡praderas y alcores,
montañas y valles, con frutos y flores,
la entrada celebran del pródigo Estío!!

La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, soñad!
La fiesta es de amores
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

II

¡Ay, que aquí, por la Sierra en que habito,
donde ha noches levanto mi tienda,
donde busco la cura ó la enmienda
de este mal que me acosa, maldito,
—dominando en la cumbre al granito,
sin cesar fatigando la senda,—
se comete... el enorme delito
de ignorar tan hermosa leyenda!
Y en tan mágica noche no encuentro
ni misterios dichosos que encanten,
ni doncellas graciosas que rían,
ni galanes apuestos que canten.
Y no puedo sentir esperanzas,
ilusiones de gloria y amor;
sólo siento pesar, y añoranzas
de otro tiempo pasado y mejor;
de otra tierra, lejana, ¡la mía!
¡mejor que ninguna!
donde habrá... ¡cuánto amor! ¡qué alegría!
¡cuánta gente que cante y que ría!...
¡esta noche! ¡¡á la luz de esta luna!!

¡Ay, la alegre región gaditana;
mi tierra, lejana;
los Puertos... Chiclana...
que estaréis... estaréis á estas horas
para mí tan esquivas, tan fieras,
como envueltos en lumbre de auroras
á la luz de las altas hogueras...!
¡Ay, mi tiempo pasado y perdido!
¡Cuánto y cuánto recuerdo querido,
de mis locos y vanos empeños,
me atormenta, me acosa, vencido!
¡Ay, por algo esta noche es de ensueños,
pero no de piedad ni de olvido!
Levantad, extended —candeladas
de San Juan, en mi típica tierra,—
levantad y extended llamaradas
que iluminen mi lúgubre Sierra;
llamaradas de amor y de fuego,
para un pobre que muere de hastío;
para un triste de espíritu ciego;
para un alma que tiembla de frío!
¡Que me llegué su luz! Que un instante,
como al sol de una rubia mañana,
mire yo, con transportes de amante,
mi ciudad, mi ciudad gaditana;
¡que yo sueñe también!, que me vea
como entonces, con alma de niño;
sin pesares ni angustias; ¡que crea
que en el mundo no hay más que cariño!
¡que no medran astutos traidores,
que no matan los grandes dolores,
que no arraigan los grandes temores
sino en ánimos viles, pequeños...!
¡Ame yo! ¡La velada es de amores!
¡¡Sueñe yo, que es la noche de ensueños!!



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

29

19 -

Se publica con censura eclesiástica.

La Libertad

26 Mayo 1908

Restauración del genio cristiano

Málaga

Sobre el nuevo libro de Carlos
Fernández Shaw POESIA DE
LA SIERRA.

Si siempre es fundado motivo de alegría para el mundo intelectual la aparición de un libro bueno, porque como ha dicho un conocido publicista, es un nuevo faro que se enciende, hoy que, aunque parezca paradójico, tanto necesitamos de luces; acaso más razón de júbilo haya en ver que faros apagados para la verdad única y la fe y el más inspirado arte van encendiéndose, como si preparáran al mundo del espíritu la vuelta á los días espléndidos del genio cristiano.

Dicho sea en términos breves y claros: es apetecible, por el contento que da, un libro nuevo y bueno; pero más apetecible es, por las esperanzas que trae, un libro nuevo que nace á lo bueno.

Esto viene á cuento del tomo de poesías que acaba de publicar don Carlos Fernández Shaw, en Madrid, con el título de POESIA DE LA SIERRA; la cual obra, llegada á mis manos por conducto de nuestro eximio Arturo Reyes, y con inmerecida dedicatoria del autor, —que yo agradezco con toda el alma— da gran contentamiento, desde las primeras páginas, á los amantes de la buena literatura, por marcar una orientación plausible: el ir de cara al sol, como si digéramos, volviendo, por tanto, la espalda al paganismo literario y al colorismo modernista de nuestra decadencia literaria actual.

«Las grandes obras no nacen sino de la fe...», «la conciencia es la inspiración de los artistas de primer orden...», ha dicho un gran crítico moderno y nada místico, por cierto. Estoy, pues, con la opinión más autorizada: el genio

cristiano es quien únicamente canta la verdadera poesía; solamente la fe puede inspirar los cantos verdaderamente poéticos: el mero presentimiento de la fe hizo grandes las obras maestras de la antiñedad: ¡cuánto más habría de ser con la fe humanada en Cristo, sol del mundo, amor y salvación de los hombres, sal de la tierra!

Los secuaces del modernismo literario, para ahuyentar el genio cristiano, arrinconan la fe y se hacen fuertes, ó así lo pretenden, en la ficción, como esencia de la poesía, y en la imitación: de aquí los delirios de nuestros poetas del día, «tanquam cęgri somnia», que decía el preceptista latino, «como sueños de enfermo», y el colorismo, más gráficamente cacharrismo, de nuestro paisano Salvador Rueda y otros así. Pero hé aquí que eso no tiene ni el mérito de la novedad: es un neoplatonismo ó un retroceso á los peripatéticos; y Platón y Aristóteles sabido es que fueron vencidos por una crítica más seria, más segura, más fundada, que presentaba, en contra, obras y asuntos de obras propios de la poesía, sin ser fingidos, y artes imitativas que poesía no son é imitan como la poesía.

125

2

Acaso nunca la poesía popular llegó a tanta nobleza de expresión como en ese *scherzo*, en que su autor maneja á maravilla la rara acentuación rítmica que el pueblo da muchas veces al flexible y armonioso endecasílabo castellano. Esta poesía ocupa seis páginas y, á pesar de las dificultades del ritmo, ni decae, ni fatiga, ni resulta monótona: triunfo grande del habilísimo versificador.

Únicamente hay que reprochar en ella dos ó tres versos como éste:

Náyade siéntese del río en las márgenes,
á los que sobra una sílaba, sin duda por el error de haber considerado como una las dos últimas del segundo esdrújulo, siendo así que en estos endecasílabos no hay hemistiquios.

El endecasílabo de acento clásico, majestuoso y grave, lo emplea también con gran acierto el Sr. Fernández Shaw en otras composiciones; por ejemplo, la hermosísima *Salve de las montañas*, que comienza:

En el silencio augusto de la noche
va sonando la voz de las montañas.
Las altas cimas á los cielos rezan;
las viejas cumbres con los cielos hablan...

No más; no quiero citar más versos, que correría riesgo de copiar entero el libro...

Sólo una cosa hay en éste que no acaba de agradarme. Fernández Shaw ha caído en la tentación de versificar el *Padre Nuestro*. Y ha compuesto una poesía sin duda excelente, considerada en sí misma; pero menos poética, menos bella que la sublime oración cristiana. El *Padre Nuestro* no puede ganar nada con la versificación; es en prosa de tal manera conciso y exacto, que no le sobra ni le falta nada, ni es posible sustituir una sola palabra con ventaja. Por eso cuantos poetas—y han sido muchos—trataron de ponerlo en verso fracasaron;

aun recientemente, el popular Rostand fué objeto de muchas censuras por la versión que incluyó en *La Samaritaine*...

Pero, ¿qué importa que haya una página menos bella entre doscientas admirables?... Es el libro de Fernández Shaw uno de los mejores libros de versos que en estos últimos años se han publicado. Encierra en sus páginas, entre primores de forma, verdadera poesía: ved si de muchos de los que por ahí circulan se puede decir otro tanto.

Ismael SÁNCHEZ ESTEVAN.

Es exactísimo: la ficción, la mentira poética, si vale una clasificación de mentiras, siempre lleva aparejada la fealdad; ¿cómo pueden ayuntarse lo feo y lo bello?; y con la fealdad en la obra literaria, de por fuerza, ha de correr parejas el demérito: por eso, no son, literariamente, á la luz de una ajustada y severa crítica, buenos, ni valen gran cosa, los productos del genio apartado de la fe; y esto, que es fallo de los críticos, también es apreciación aun de los imperitos, que sólo pueden juzgar por natural gusto artístico: cuenta un erudito autor que Carlos II de Inglaterra tachó de peor, á Walther, uno de dos panegíricos que le presentára; á lo que replicó el poeta inglés:—«Sire, es que me he entendido más con las mentiras que con las verdades».

El genio cristiano, por el contrario que el neo pagano, huye de la ficción, de la mentira poética; busca sólo la verdad, la única verdad. Un objeto interesante enciende la imaginación y empeña el corazón del poeta cristiano, y su expresión se eleva en proporción á sus ideas; por eso, Jovellanos dice que el verdadero lenguaje poético es el de la pasión ó la imaginación animada; y nada más interesante puede ser que todo aquello que empieza donde lo material y deleznable termina, ni nada puede encender más la imaginación que el columbrar venturas infinitas y eternas, ni nada puede empeñar más el corazón que satisfaciendo los anhelos celestiales que, de por vida humana, sentimos. Por eso la verdadera, bella y buena concepción caleotécnica, la única poesía, el genio cristiano, nació y vive y vivirá al borde de las fosas, valga el decir; en las Catacumbas, convirtiendo los símbolos del amor de Diana, del orgullo de Juno ó de las victorias del Circo, por ejemplo en símbolos de la vida en símbolos de la victoria de la fe ó de los mensajes de la esperanza. Por eso, habló á la epigrafía y obligóla á que borrarse el excéntrico «mañana moriremos», y en su lugar escribiéramos el dulcísimo «requiescat ó el incomparable «vives». Por eso, en fin, y para terminar esta prueba del anterior aserto, habló el genio cristiano á la arquitectura y le ordenó mirar al Cielo, y el arte produjo la maravilla de la línea prolongada en las caladas agujas de las torres.

En resumen: que únicamente el genio cristiano goza del privilegio de la verdadera poesía; y que, por ende, sólo el genio cristiano es la piedra de toque de las producciones literarias, en especial, y en general, artísticas: toquemos, pues, en esa piedra la obra de que nos ocupamos, y podremos apreciar su mérito con exactitud; el cual mérito, de existir, será signo, uno, acaso, uno quizás entre otros muchos (y quisiera Dios que por miles se contarán!) de restauración del genio cristiano en España.

Busquen los críticos galas en POESÍAS DE LA SIERRA; seguramente, las hallarán, porque á montones las hay: yo voy á la práctico: el verdadero y efectivo valor de la nueva obra del vate madrileño, que está en su inspiración cristiana.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

En efecto: el prólogo de POESIA DE LA SIERRA envuelve dos condiciones esenciales de toda obra verdaderamente poética: la individualidad y la universalidad, la personalidad del poeta y el interés general de los hombres:

«Serranas he cantado. Son hijas de la Sierra.
«Sus campos y sus pueblos, mi penas en sus valles,
«mis penas en sus montes, hiciéronme sentir.
«Por cumbres y laderas, vagando, divagando....
mi versos escribi.

«Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre.
«Dictáronlo, de acuerdo, la sierra y el DOLOR.

«Lectores, si los halla; lectores indulgentes:
«con él, en vuestras manos, más bien que mis estrofas

TENDREIS MI CORAZON»

Es decir: el poeta se ofrece tal cual es y manifiesta «su manera de sentir individual y poética», «el fondo de su pensamiento y los movimientos de su vida íntima» (Coll), y al par un sentimiento general del hombre, el dolor, que es rey del mundo; y así, POESIA DE LA SIERRA cobra su verdadero valor literario á la luz de la fundada, sana y seria crítica: porque «cuando en el conjunto de poesías líricas de un autor, además de la historia de su alma, no se encuentra nada general, nada que interese vivamente á los demás hombres, dicho autor podrá ser un versificador excelente, un buen retórico; mas no merecerá el dictado de poeta» (Coll).

Ahora bien: toquemos en nuestra piedra de toque, el genio cristiano, el citado compendio de POESIA DE LA SIERRA; y esto, brevemente, porque ya va siendo demasiado extenso el presente trabajo de investigación, con algo, ó todo, de enseñanza católica.

No yo, que sería como si nadie lo digera, sino sabios pceptistas y críticos profundos lo han dicho: «el bello ideal de la lírica está en la Sagrada Escritura, y principalmente en los libros del Antiguo Testamento. Los cánticos esparcidos en los libros historiales y proféticos, y los salmos, descuelian notablemente sobre todo lo más grande que ha producido la poesía lírica profana».

Y en la Sagrada Escritura tiene su fuente de inspiración el genio cristiano; y en esa fuente, en ese bello ideal, en esa lira de acordadas y divinas armonías, el dolor es venero riquísimo y notable culminante. En ese Libro por excelencia—dice Donoso Cortés—aprendió Petrarca á modular sus gemidos; él inspiró á Rioja sus lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza; Job, Jeremías, Ezequiel, los inimitables poetas del dolor, son y serán los únicos modelos de la lírica.

Pues hé aquí que Fernandez Shaw pulsa esa cuerda de la fecunda y rica y gloriosa lira cristiana:

«...mis penas en sus valles,
«mis penas en sus montes, hiciéronme sentir».

Luego inspírale el genio cristiano; luego los nuevos cantos de Fernandez Shaw valen, y valen con valor subido, con valor de cosa selecta, con valor de oro viejo, que nunca se desprecia.

A mayor abundamiento, pudiera ir examinando una por una las composiciones cristianamente pensadas y sentidas y cantadas que en POESIA DE LA SIERRA; cogería esta labor largo espacio: baste anotarlas.

«Toque de ánimas» es el canto extático de un alma piadosa, en la solemnidad de la noche y al son de las campanas de la iglesia,

«... ¡pobre templo
que encaramado en el monte,
parece escalar el cielo!»

Alma que, en oración por sus muertos, llama á los hombres, exclamando:

«¡Ay, que el llorar es alivio,
como el llorar es consuelo!»

»¡Llorad bien, llorad, mis ojos!

»¡Recemos, alma, recemos!

»¡Dios nos mira! Dios me escucha
«compasivo...»

Y postrada, humillada, contrita, concluye:

«¡Padre nuestro...»

«La tormenta» es un himno hermosísimo al poder inmenso del Soberano Señor de lo creado.

«¡Señor de los valles, Señor de la sierra,
Señor de las aguas del mar y del río!
¡Señor de los Cielos! ¡Señor de la tierra!
¡Dios santo... ¡Dios mío!»

«Mi campo-santo» es una imprecación ternísima.

«Cuando al fin de mis penas
con mis penas me acabe,
dame paz en tu seno,
campo-santo del valle;
cementerio de aldea,
con olor á pinares;
por humilde, tan bueno;
por pequeño, tan grande.

Que mi cuerpo, en tus brazos,
para siempre descanse...
bajo un cielo piadoso
y á la sombra de un sauce,
y en un hoyo profundo
que sepulte y que abrace...

¡Que tu Cruz, amorosa,
lo cobije y lo ampare!

¡Que lo guarden tus muros!...

¡Que mis hijos lo caven!»

«Mis canciones», «Mi madre», «La salve de las montañas» y, sobre todas, «¡Padre Nuestro!», son otras tantas, entre las muchas más, que avaloran el libro de Fernandez Shaw y prueban hasta la saciedad la afirmación de que el genio cristiano ha inspirado POESIA DE LA SIERRA.

Que esta obra sea signo de restauración del genio cristiano, y que perdure en su labor meritísima el autor y que muchos le imiten, es lo que hay que desear y pedir.

M. Alcántara.

"El Buelto Semanal" - Madrid 29. 5. 908.

Poesía de la Sierra, por Carlos Fernández-Shaw. — Librería de F.é. Madrid.

Fernández-Shaw, el autor de *La venta de Don Quijote*, es un notable, un notabilísimo poeta. Su libro, hecho de armonías y de perfumes, tiene toda la paz de los paisajes virgílicos. Hay en él emoción honda, ternuras cosquilleantes. Empieza así:

«Serranas he cantado. Son hijas de la Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en sus valles,
mis penas en sus montes, hicieronme sentir.
Por cumbres y laderas, vagando, divagando...
mis versos escribí.

Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre.
Dictáronlo, de acuerdo, la Sierra y el Dolor.
Lectores, si los halla; lectores indulgentes:
con él, en vuestras manos, más bien que mis estrofas
tendréis mi corazón.»

"El Imparcial"

1-6-908.

REVISTA LITERARIA

Poesía de la Sierra, por Carlos Fernández Shaw. — Madrid, 1908

Muchas de las cosas delicadas y sutiles, de un subjetivismo penetrante y enfermizo, que escribió Nietzsche en «La Gaya Ciencia», acerca de la crisis de su alma en una enfermedad, y en la tibia y suave primavera espiritual de una convalecencia, podrían aplicarse al bello libro de poesías de Carlos Fernández Shaw «Poesía de la Sierra». También éste es el libro de una enfermedad y de una convalecencia, un libro en que se descubre cierta hiperestesia del espíritu después de la tortura de la neurastenia, una mayor agudeza de las facultades interiores, algo como la finura y la sensibilidad de la piel nueva recién criada sobre la herida. ¡Felices las enfermedades que se resuelven en bellos versos y en luminosos pensamientos y hasta en amenas y fulgurantes paradojas! Este último fué el caso de «La Gaya Ciencia».

Desde muy joven ciñó Fernández Shaw el laurel de los poetas. Dominaba sobre todo el regio endecasílabo, metro de nobles asuntos; era un poeta magnífico y sonoro, cuya musa se complacía en objetos llenos de grandeza como las cataratas del Niágara y también en los temas familiares y patrióticos, en el culto a la nación y al hogar. Después llevó su ingenio á esa dramática menor, que conocemos por el nombre de género chico, y supo salvarlo del contagio de la vulgaridad ambiente y hacer que naciesen en aquella atmósfera del chiste fácil y de la facecía trivial algunas flores de poesía. Más tarde, dolencias y abatimientos del ánimo le apartaron de la labor literaria, buscó la soledad del campo, el aire confortante de la sierra, y vuelve trayéndonos este libro que es la hermosa floración espiritual de su convalecencia.

En las condiciones poéticas que siempre poseyó Fernández Shaw en grado eminente, el dominio de la métrica, la bella compostura exterior de la poesía y la elevación de los sentimientos por ella expresados, une este libro un psicologismo más delicado y penetrante, una visión interior más honda y comprensiva. Bajo las amplias y armónicas formas de antaño hay un espíritu más maduro, más rico en matices, en contrastes, en gradaciones de luz y color. La «Poesía de la Sierra» nos hace

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Pensar en aquella utilidad moral y estética del dolor y la enfermedad acerca de la cual discreta y filosofa tan agudamente el gran poeta, disfrazado de metafísico, de moralista ó antimoralista y de otra porción de cosas que escribió «La Gaya Ciencia».

La «Poesía de la Sierra» encierra las mejores composiciones de Shaw y poesías de las mejores del Parnaso español contemporáneo. En ellas se juntan dos cosas que suelen andar desaparejadas y sueltas en los actuales poetas de España: la perfección externa de los metros y la belleza del contenido espiritual. Los poetas de la escuela antigua suelen escribir buenos versos, pero las ideas y sentimientos que expresan son á menudo de una abrumadora vulgaridad. Levantan á la poesía una bella morada y no consiguen amueblarla. En cambio, los poetas modernistas, con más ideas, con más imaginación é inventiva, con una sensibilidad más compleja y rica, descuidan frecuentemente la forma y tratan á la métrica con un desdén escandaloso. Unos y otros se parecen, respectivamente, á los petimetres sin sal en la mollera, pero muy compuestos y elegantes, y á los bohemios dotados de talento é ingenio, pero vestidos con repugnante desaseo. ¿Por qué no ha de ir bien vestido el ingenio? ¿Por qué los versos no han de unir á todas las excelencias espirituales que en ellos ponga un alma de poeta, la condición primaria de ser tales versos acomodados á las exigencias musicales de la métrica? Las poesías de Fernández Shaw reúnen ambas cualidades, y con decirlo queda hecho su elogio.

Escritos estos versos en la soledad del campo, junto á la sierra, era natural que dominase en ellos una intensa sensación de paisaje, una inmersión panteísta del espíritu en la naturaleza. Pero no son versos de serenidad geórgica, de calma del espíritu ante la Naturaleza pacificadora. Su paisaje es un paisaje psicológico, en el cual aparece siempre el alma atormentada y doliente del poeta. El sentimiento de la Naturaleza va acompañado constantemente en estas poesías de inquietudes subjetivas, de reminiscencias literarias y de motivos líricos y personales.

Ved, por ejemplo, «Toque de ánimas». Rompe el aire quieto de la tarde que muere á lo lejos en los violetas, los púrpuras y los oros de un crepúsculo, la voz de cristal de una campana. Pero la impresión de esta bella poesía no es de paz, no es de vaga melancolía; es de punzante tristeza, porque lo psicológico, el estado de alma del poeta, prevalece sobre lo objetivo. En «La noche de las hogueras», que canta la fiesta de San Juan, heredera de los antiguos ritos orgiáticos que conmemoraban

la sucesión de las estaciones, ocurre lo mismo. El poeta evoca el recuerdo de su Andalucía, de la Andalucía de la juventud, de la ilusión y la esperanza. También en «La carreta», la visión sensible de las cosas, la rústica carreta, que va lentamente por la polvorienta carretera rechinando los toscos ejes de las ruedas primitivas, tiene un corolario espiritual y una aplicación al caso particular del poeta:

Por atajos muy duros esta carreta rechina
Con su música tosca de canción campesina.

Hoy se arrastra mi verso de indolente poeta
Con la música triste de la pobre carreta.

En otras poesías, el paisaje evoca visiones literarias é históricas. «Bucólico» es una bella composición, de suave colorido. Una puesta de sol; en el campo un rebaño que vuelve al aprisco. Es un asunto para un cuadro pastoril; una aparición bucólica. Y dice el poeta:

Por el sereno ambiente de este cuadro de idilio
Dijérase que pasa la sombra de Virgilio.

Todavía resalta mejor este carácter, este reflejo de la literatura sobre las cosas sensibles, en «La Venta».

Venta que supo las mil hazañas,
los mil enredos, los mil desmanes,
las mil patrañas
de Lazarillos y de Guzmanes.
Lepra y encanto de las Españas,
venta que un día
pintar supieron con la maestría
de sus pinceles, en los anales
de la española tunantería
tan pintorescos y originales,
el gran Quevedo, mas otros tales
de musa fértil y apicarada.

«La Venta» es una de las mejores poesías contenidas en el libro de Fernández Shaw. Desfilan por ella las sombras de la novela picaresca. Es como el retablo de la España antigua, trashumante. Frailes, soldados, mercaderes, justicias y mozas del partido, cuadrilleros de la Santa Hermandad, peregrinos, cómicos de la legua en su carreta de Las Cortes de la Muerte, han parado allí algunas horas ó han cruzado por delante de la venta. Me ha recordado esta poesía «La Inglaterra nomada», de Jusseraud.

En la «Poesía de la Sierra» hay gran variedad de temas poéticos y de fuentes de inspiración. La poesías inspiradas en lo sublime de la Naturaleza, como «Las cumbres», «La

tormenta», «Incendio en el bosque», se distinguen por el vigor y grandeza de las imágenes y del acento. Son poesía wagneriana, de resonantes metales épicos. Otras hay donde palpitan tiernos sentimientos del hogar, y no faltan tampoco, aunque no sean las más numerosas, las de índole amatoria y madrigalesca. La más acabada de éstas es la que se titula «La Leonor», en que Fernández Shaw describe, como se verá, á la heroína:

Dulces ojos de mujer
soñadores y rasgados,
abiertos para el querer,
para el ensueño entornados;
nariz muy fina, un lunar
sobre los labios asoma,
boca de alegre besar,
cuello de blanca paloma.

El lindo romance «Caracob», dedicado á un niño mendigo, á un pequeño héroe de la lucha por la vida, merece mención especial. Y otras muchas poesías del hermoso libro de Shaw también la merecen, pero se quedarán sin ella por no dilatar más de lo justo este artículo, homenaje de humilde prosa á unos espléndidos versos.

E. Gómez de Baquero.

36

"Nuestro tiempo" Madrid - mayo 1908.

POESÍA DE LA SIERRA, por Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1908.

No podría precisar la fecha, pero es indudable que, desde hace unos cuantos años, es un hecho la resurrección poética en nuestra literatura.

En las revistas de carácter literario y en las secciones literarias de los periódicos, abundan las combinaciones métricas, y en los escaparates de las librerías menudean los volúmenes de verso. Hoy sería más absurdo que nunca; puesto que siempre lo fué, se me antoja, plantear el bizantino problema que interrogaba si la forma poética estaba llamada á desaparecer.

Es curioso este renacimiento ó recrudescimiento poético en una época que suele ser juzgada como desprovista de todo ideal puró y desinteresado; pero es más curioso todavía que aquellos á quienes indiscutiblemente se debe la fecunda manifestación poética de actualidad, ni son poetas, ni siquiera unos medianos componedores de versos. Aludo á la mayoría de los que recibieran el nombre de poetas modernistas.

Eran y son, porque todavía quedan,—y hablo siempre en general, con lo que salvadas van todas las excepciones,—unos de esos apreciables individuos, que se suelen dar en todas las épocas y en todos los países, deseosos de atraer sobre sí la atención de sus coetáneos. Ahora bien, ocurre muy frecuentemente, por no decir siempre, que los individuos que experimentan tales deseos carecen de las cualidades necesarias para satisfacerlos convenientemente, quiero decir, para lograr con procedimientos de buena ley la admiración que ansían. Para alcanzarla ó, más bien, para creer que la alcanzan, recurren gustosos á lo ridículo, á lo extravagante, que no es precisamente lo mismo que afortunado invento ú originalidad feliz. Parodian en una forma ú otra, el conocido caso de aquel cómico del tiempo del Deseado, el cual, ante lo estéril de su labor escénica para arrancar el aplauso del público, interrumpía declamaciones para prorumpir en vivas á Fernando VII.

Así los aspirantes á poetas aludidos añaden ó quitan sílabas á composiciones que han de tener once, ó arremeten briosos contra la prosodia, la sintáxis y hasta contra la ortografía, ó distribuyen en renglones caprichosos, más ó menos largos, más ó menos cortos, lucubraciones en prosa en las que, unas veces, nos hablan de cosas prosaicas con prosaicas palabras, y en las que, otras veces, se empeñan en demostrarnos que saborean lo azul y oyen lo rojo, ó que se desesperan porque saben que no tiene novio la estrella Sirio.

Y sin embargo, á los autores de todo esto, y de otras mil lindezas por el estilo, débese, repito, la fecunda y brillante manifestación poética de estos tiempos. A ellos se debe que los verdaderos poetas, velando por los sagrados fueros de la poesía y como protesta contra los intrusos, hayan desechado temores y negligencias, y hayan alzado, en honor de aquella, sus voces armónicas y melodiosas frente al desconcierto de los profanadores.

De esas voces, las unas eran ya conocidas y admiradas; las otras son nuevas y no menos admirables.

Entre estas dos categorías aparece la voz de oro del autor de *Poesía de la Sierra*.

Tal vez parezca rara esta afirmación refiriéndose á un cantor de versos inimitable, á un autor de obras escénicas celebradísimas, á un literato cultísimo y exquisito, á una personalidad, en suma, tan ventajosamente conocida como la de Carlos Fernández Shaw. Y sin embargo, esta es la primera vez que se nos presenta revestido con todas las esplendorosas galas de los grandes poetas; esta es la primera vez que nos ofrece una dádiva atesorable de su inspiración poética; este es su primer libro de versos. Cierto es que no se necesitaba de él para

tener á su autor por poeta eximio, pero sí era deseable, era necesario para cuantos—¡y cuántos somos!—seguíamos admiradores al poeta en sus esplendorosas llamaradas por ateneos, escenarios, folletos y periódicos, y queríamos recrearnos en un haz de luz de él, indivisible y perdurable.

Ya lo tenemos, por fortuna.

Emparejada con la alabanza, que toda es poca, debe ir la gratitud de cuantos aman lo bello al autor de este libro. Y otro sentimiento gratísimo ha de unirse á estas expansiones: el que produce el anuncio que en el libro se lee. Al de *Poesía de la Sierra* seguirán *La vida loca*, libro de versos, *Poemas dramáticos* y *Poesía del mar...* ¡Oh, este título para los que, como yo, sientan la pasión marina!...

De cuarenta y dos composiciones está formado el libro *Poesía de la Sierra*, á las que proceden las siguientes palabras:

«*Serranas* he cantado. Son hijas de la Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en sus valles,
mis penas en sus montes, hiciéronme sentir.
Por cumbres y laderas, vagando, divagando...
mis versos escribí.

Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre.
Dictáronlo, de acuerdo, la Sierra y el Dolor.
Lectores, si los halla; lectores indulgentes:
con él, en vuestras manos, más bien que mis estrofas
tendréis mi corazón.»

Por ellas puede juzgarse de lo que constituye la esencia del libro; por ellas también puede ya tenerse un adelanto de la suprema belleza con que está escrito y sentido.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

¿Qué voy á decir yo ahora de él, especialmente? Lo que seguramente habrán dicho los muchos que ya lo hayan leído; lo que dirán los pocos que, gustando de artísticos deleites, no hayan aún gustado de éste: que, como todas las obras soberanamente hermosas, no tan sólo proporciona un solaz refinadísimo al espíritu, sino que deja inagotables emociones en el corazón y que me da lástima, si bien me recrea la vista, lo primoroso de su edición, porque ¡lo han de bojear tantas veces los lectores!...

Varias veces lo he leído ya y de memoria me sé no pocos de sus versos. He aquí algunos:

MALDICIÓN SERRANA

Galán que del pueblo vienes,
tú que engañaste á la Olalla,
la muchacha que murióse
del rigor de su desgracia:
Dios haga que cuando vuelvas
al pueblo, sobre tu jaca,
presumiendo de bonito,
pensando en nuevas «hombradas»,
por el pinar te aventuras
sin advertir que te enzarzas;
que la jaca se te espante,
sin que las riendas te valgan;
que las fuerzas te abandonen,
que se anublen tus miradas...
¡y que una rama *gache*^a
te desbarate la cara!

FUEGO EN LOS PINOS

La noche ha comenzado con fuego en los pinares
de un monte muy frondoso. Densísima humareda
se escapa por la herida de la roja arboleda.
¡La van acribillando las chispas, á millares!
Crujen los pinos; crujen las reseca retamas.
El fuego está en la cima, junto al cielo encendido.
El monte es un gigante de piedra, que ha querido
ponerse una corona magnífica de llamas.
¡Como un Rey aparece; Rey fantástico, loco!
Ya atajan el incendio...

Ya mengua, poco á poco,
lamiendo los peñascos de un hosco precipicio...
...Al cabo, en el reposo de la noche, muy clara,
sin luz y bajo el cielo, el monte es como un ara
que ofrenda el humo vano de un vano sacrificio.

MISTERIOS

Anoche, por cuatro veces,
sonaron aldabonazos
misteriosos, en las puertas
de mi casa y de mi cuarto.

Anoche, por cuatro veces,
salimos, con las llamadas
misteriosas, á las puertas
de mi cuarto y de mi casa.

Era la noche de luna,
con un aire sosegado;
nadie, nadie...; ¡ni una sombra
discurría por el campo...!

Pero los golpes, de nuevo
sobre las puertas sonaban...
¿Quiénes así me llamaron?
Debieron de ser las ánimas.

Las ánimas de los muertos
de mi pobre Campo santo;
cementerio de la aldea,
donde, por las tardes, vago.

Una copla que esta noche
cierta moza me cantara,
dice así... (La cantadora
suspira mientras la canta.)

*La Muerte, como la Vida,
tiene sus enamorados,
y no quiere que se aparten
ni un momento de su lado.*

Como la Muerte me ha visto
temblar de amor á sus plantas,
quizás ayer, en su nombre,
vinieron por mí las ánimas.

La noche está misteriosa...;
 misterioso duerme el campo...;
 misterios en torno miro...;
 misterios... misterios canto...;
 mientras, quizás, dando vueltas
 alrededor de mi casa,
 para llamarme, de nuevo,
 me están rondando las ánimas.

Y me es imposible seguir evocando poesías, que si me dejara llevar por la impresión recibida, evocaría por entero el libro.

Porque sus versos deleitan y confortan. Porque hay en este libro, además de su belleza artística, algo muy importante y que parece hartamente olvidado en estos tiempos de insanidades artificiosas. Hay en él un canto á la eterna fuente de la eterna poesía, á la santa madre naturaleza.

Las páginas de este hermoso libro *hacen bien*.

Luis de Terán

Merced de Madrid. 29-5-908.



Señor D. F. V. — ¡Qué, hombre! La que está llamada á desaparecer, aunque, desgraciadamente, no responde, es la forma poética mala. ¿Que Tolstoi aborrece la poesía rimada? Bueno, pues yo (por eso nada más) aborrezco á Tolstoi, quien, ¡cosa rara!, lleva ya, por fortuna, unos cuantos días sin asustarnos con su acostumbrado ingreso en el período agónico. Yo amo los bellos versos, amigo mío, y precisamente estos días tengo á la vista cinco admirables volúmenes de ellos: *Poesía de la Sierra*, de Shaw; *Ripios con moraleja*, de Rodao; *Lenguas de fuego*, de Rueda; *Fiat lux*, de Chocano, y *La gente del pueblo* (¡olé!), de López Silva, á todos los cuales haré *cosquillas* por separado, si Dios no me manda una tercera *grippe*. ¿Que cómo estoy de la segunda? Convaleciente aún. Pero, ¡mire usted si me habré quedado flaco, que tengo que beber agua del Lozoya, porque el agua gorda no me cabe en el cuerpo!..

Juan PÉREZ ZÚÑIGA.

3-6-908.

Libros

Poesía de la sierra.—Es un notable libro de versos de Carlos Fernández Shaw de los mejores, más finos, selectos y bellísimos que se han escrito en la época presente.

En una casa de campo de un pintoresco poblado situado en la «Sierra de Guadarrama», donde pasaba el inspirado poeta una temporada de descanso, escribió las composiciones que forman el volumen «Poesía de la Sierra» y que llevan todas el sello de majestad y belleza del lugar en que el escritor fué inspirado.

La grandeza de la altura, el vigor de las bruscas pendientes, la armonía y misteriosa cadencia de las soledades, la fragancia de las plantas serranas; pureza y libertad, originalidad y fuerza, son el reflejo y la vibración, la impresión y la huella, que dan producen, causan y dejan en el espíritu del lector los versos de Fernández Shaw, que forma este libro encantador y sugestivo.

Nadie que se amante de la poesía, que busque en este género de literatura las gratas y dulces mociones del espíritu, debe dejar de leerlo.

Véase una muestra cogida al azar:

Dejando á las gentes, sus risas hayeudo,
ya voy requiriendo.

Mi hermoso refugio, del monte en la falda,
ternando á los hombres y al mundo la espal-
(da.

Mi hermoso refugio mejor me pareco,
más grato que nunca. Palpita y se meca,
besada del viento, la clara arboleja...
El césped y el musgo parecen de soda...

La luz de los cielos, pasando entre ramas,
dibuja en la tierra, que el césped alfombra,
los mil arabescos que tejen las llamas
del sol cariñoso, temblando en la sombra.
Los álamos blancos... los álamos suenan
sus hojas de plata con aire de orgullo,
y el aire suavísimo llenan

de un vano murmullo,

Los pivos me encantan,
aquí, donde siempre me arrullar, á solas,
sus varios ruidos, que cantan
así como cantan y arrullan las olas.

Solemnes, tranquilos,

me acogen los tilos...

Revelan y pasan los pájaros leves;
halagan, pasando, los céfitos breves...

De pronto de un grupo de rosas hermosas,
se lanzan al aire y al sol mariposas,
nacidas del iris que esmalta los cielos,
con tales matices y vuelos
que dudan mis ojos si estallan las rosas.

Delante, la abrupta ladera se tiende,
dormida en el seno del monte.

Muy lejos, allá donde enciende
su niebla dorada, con amplios reflejos,
el vago horizonte,
se extiende, se extiende...

testada de sol la llanura

que en campos y campos sus luces refleja
con vívidos lampos de intensos cambiantes...

Muy lejos, muy lejos, apunta, indecisa,
la pálida «ceja»
de montes gigantes...

Detrás, me acompaña

con sartas de sonés el agua corriente,
que salta y salpica, que besa y que baña;
que va, docilmente,

siguiendo el contorno que da la vertiente,
llenando de risas la alegre montaña.

Cuán dulce, la hermosa mañana serena!

¡Cuál duerme la pena!

¡Qué cielo tan puro!

¡Qué vida, la vida que gozo, tan buena,
soñando al abrigo del monte seguro!

¡Cuán grato el refugio que lleva mi nombre;
tan cerca del cielo, tan lejos del hombre!

405

El País-

(Madrid)

7-6-908-

30-

Plática

Poesía de la Sierra.

por Carlos Fernández Shaw

La poesía moderna, efectista, irónica, sentimental y artificiosa casi siempre, nos fatiga y entristece, en vez de solazarnos y distraernos. Muy pocos son los poetas españoles, que, libres de prejuicios de escuela y de influencias malsanas, escriben con serenidad de alma y de pensamiento. A un libro se sucede otro, y en el fondo, todos parecen el mismo. El libro de una decadencia que determina la falta de originalidad y de buen gusto. ¿Será esta una de las causas, que de tan ostensible modo, ha engendrado el menosprecio que el público siente por los poetas? Bien pudiera serlo, y en este caso, no habría que lamentarlo, porque la sanción es justa. Yo confieso que sólo por deber leer muchos libros que muy gustoso cerraría al hojear las primeras páginas. Pero como hoy la crítica está en manos de la amistad, y la amistad es esencialmente interesada, el cuentista García escribe un artículo encomiástico proclamando genio al grillo poético Pérez, y Pérez en su día, afirma que Guy de Maupassant es una lagartija literaria comparado con el cuentista García.

Afortunadamente, estas audacias inocentes, con anhelos de inmortalidad, no tienen trascendencia siempre, y el buen público, que es el supremo e inapelable juez, se llama a engaño y confunde en el mismo soberano desvío a todos los Pérez y García que son el orégano del campo literario.

No valdría la pena de ocuparse de estas candideces, si los que de tal modo proceden, no dificultasen un poco el camino a los escritores de innegable mérito. Más ó menos pronto, las gentes se enteran de la verdad y acaban por otorgar el galardón del triunfo a quien positivamente lo merece de modo

que, en definitiva, sobre el pedestal anónimo de los Pérez y los García, se levantan victoriosos los escritores de talento. Claro está á que los Pérez y los García les queda el desquite de decir que el público es un idiota, y los vendedores unos imbéciles. Lo cual es muy razonable, pues ya puso en verso Campocamor, que

en este mundo traidor,
nada hay verdad ni mentira;
todo es según el color... etc.

Mucho podría decirse á este propósito de las camarillas literarias y de otras cosas de no menos solaz y esparcimiento. Pero este no es nuestro propósito, y bastará añadir, para acabar con las anteriores divagaciones, que *Poesía de la Sierra*, es una nota nueva en la general producción poética española de nuestros días, y que el Sr. Fernández Shaw, autor del libro, no tiene el honor de pertenecer á ningún cenáculo de genios incomprendidos. Sin embargo, la crítica, con unánime elogio, ha otorgado á *Poesía de la Sierra* toda la estimación que el libro merece.

El libro de Fernández Shaw, es la obra de un gran poeta, de un poeta sin artificios, sin amaneramiento, sin encrucijadas mentales simbolistas y oscuras. Es la obra de un espíritu exquisito, culto, enamorado de la belleza, que sabe expresar sus sensaciones con la divina música de la palabra. Nos creemos, leyendo *Poesía de la Sierra*, lejos del tumulto y de la algarebía de la ciudad, en pleno campo, bajo el influjo saludable del sol y en los brazos amorosos del viento. Y al abrir el libro, la poesía *Invocación* nos hace sentir la paz virgiliana de la Naturaleza.

41

31-

Cañada, hermosa cañada
 del puerto de la Fuenfría,
 ¡qué alegre estás inundada
 por la luz del mediodía!
 ¡Cuán lozana reverberas
 ante mis ojos cansados!
 Verdes lucen tus praderas,
 verdes relucen tus prados,
 de amarillas
 florecillas salpicados.

Se ha escrito tanto de la calma de los montes y de la alegría de los campos, que hablar de estas cosas es de una dificultad inmensa. El mérito de Fernández Shaw está en que reproduce fielmente cuanto ve, sin afectación, con un lenguaje sencillo, con la difícil facilidad sólo reservada á los maestros. La visión de un paisaje bello nos impresiona en todo instante hondamente. Por eso, en *Poesía de la Sierra*, la novedad radica en la

copia hábil y exacta de paisajes bellos, que, aunque conocidos, nos impresionan con toda la grandeza de la realidad. *Las cumbres* nos dan otra prueba de la exactitud con que Fernández Shaw describe.

Son las altas y hermosas,—las altísimas cumbres—
 que se elevan al cielo—virginales y blancas,
 afirmándose en hombros—de magníficos montes,
 con sus picos envueltos—en girones de bruma,
 con sus agrias laderas—salpicadas de pinos,
 con sus tajos enormes—rebosantes de nieve.
 Son las altas y hermosas—las altísimas cumbres,
 profanadas apenas—por los pasos del hombre.

La noche de las hogueras, es un modelo de folk-lorismo. De una íntima emoción, *Toque de ánimas*. De una gracia retozona y saludable, *Mañana de Junio*, donde se lee esta desenfadada descripción de amores juveniles.

Sobre el suelo quebrado de la vereda,
 bajo el techo frondoso de la arboleda,
 unas mozas muy lindas corren brincando,
 y unos mozos alegres las van cazando.
 Ellos insisten, ellas huyen veloces
 y á lo lejos se pierden sus frescas voces...

La balada de los viejos tiene una intensidad masterlikniana:

La muerte no tiene entraña
 para sentir el amor.
 Si vuelve por la montaña,
 por donde el aire traidor,
 ¡sígala con tu guadaña
 segador!!

Delicioso el *scherzo* de *Pierrot en la sierra*. *Agua del cielo*, un inspirado boceto de lluvia primaveral. *La tormenta*, en cambio, es la intensa y solemne descripción de una tempestad, escrita con gallardías zorrillescas.

El pueblo y el monte, y el amplio contorno,
 se rinden postrados. Aplana el bochorno.
 Las tierras abrasan lo mismo que un horno.
 Difusa colina, difusa, confusa,
 recubre los picos, los puertos, en torno.

.....
 Parece que el aire contagia; presagia
 que vienen, que llegan las nubes de fuego.

Un aire se mueve, muy leve... muy leve...;
 un aire muy breve
 que apenas se mueve;
 un aire muy manso que á nada se atreve;
 un aire muy ledo, muy quedo;
 un aire que tiembla, que tiembla de miedo...

.....
 ¡Ya vino la nube! Ya rasga sus senos
 volcando la lluvia á torrentes;

Legado-Carlos Fernández-Shaw. Biblioteca. FJM.



42

rebotan sus aguas los cauces rellenos;
 el torvo nublado vomita serpientes
 de escamas ardientes...
 ¡Ya ciegan los rayos, aturden los truenos!
 Jamás la tormenta... ¡cuán brava! ¡cuán dura!...
 pasó; ¡deslumbrándome! con tanta hermosura.

Más fuerte retumba
 que el viento que silba, que clama, que zum-
 ba...
 ¡Retumba! ¡retumba! ¡y asombra y arredra!
 Parece que estallan los montes de piedra!
 La bóveda inmensa parece que cruge!
 Parece que el aire fatídico ruge...!

Los trozos transcritos dan una idea de la grandiosidad de esta composición. En *Busilica*, nos presenta un crepúsculo descrito sobriamente y con una galanura de dición propia y feliz.

El sol, ya sin corona, declina tras el monte,
 Está como incendiado... Deslumbra el horizonte.

Por las ondas del aire, hace poco tranquilas,
 suena, con claras notas, un repique de esquilas,

y un rebaño aparece, confuso y blanquecino,
 dominando un repecho del angosto camino.

Un buen pastor lo guía, seguido por sus perros,
 y van detrás, sonando, sus enormes cencerros,

unos carneros mansos, que marchan muy unidos,
 de lanas muy espesas y cuernos retorcidos.

En un serón de un potro va un chivo fatigado,
 Ni un momento se aparta la madre de su lado.

¿Cabe más llaneza, menos rebuscamiento, en esta elevada visión de las trivialidades de la realidad? No he resistido al deseo de copiar los versos que anteceden, porque lo juzgo necesario para que los lectores se formen una idea exacta de la vigorosa y altísima personalidad de este poeta.

Tiene *Poesía de la Sierra* sonetos tan notables como «Fuego en los pinos» y... «Padre nuestro». «Cuando bajan los lobos», «Rosas del monte», «La Sierra al sol», «La carreta», «Romance del tiempo viejo» etc., son bellísimos. Lo mismo la composición, de un donaire picaresco, titulada «Por el camino»; la alegre y pintoresca «La música de los títeres»; la magnífica «Caracol».

Pero donde el poeta derrochó su ternura, su inspiración, la gloria de su arte, fué en aquella poesía honda y conmovedora dedicada a su madre.

«*Poesía de la Sierra* es el mejor libro de versos que hemos leído desde hace algún tiempo. El Sr. Fernández Shaw puede estar muy satisfecho de la legítima victoria lograda. La sierra, humilde y cariñosa, devolvió la salud a su cuerpo cansado en la diaria lucha por la vida, y la sierra, humilde y soberana, le brindó también los laureles del vencedor.

Vicente Almela.

Legado-Carlos Fernández-Shaw. Biblioteca. FJM.

43

El Liberal - 23-6-98.

33-

SALDO DE CADÁVERES

El Gobierno ha muerto.

No ha muerto materialmente, porque no se ha declarado la crisis oficial, ni quiera Dios que se declare en muchísimos bienes, pues para un país donde todos los gobernantes, sin excepción de personas ni de partidos, hacen tal cúmulo de atrocidades jurídicas, políticas, sociales y económicas, no hay mayor felicidad que estar gobernado por un saldo de cadáveres de desecho de moneda, de cualquier cementerio clausurado.

Ha muerto moralmente, que es la muerte más definitiva, porque de la tumba del olvido no se ha dado el caso que vuelvan ni las sombras.

Todos sus proyectos de ley se enterraron con él; los solidarios, que acompañaron el cadáver hasta última hora, despidieron el duelo en Pardiñas; las oposiciones le rezaron los responsos y el marqués de Valdeiglesias puso á media asta la bandera del ministerialismo, en señal de luto, sobre las columnas de «La Epoca».

El Gobierno ya no tiene programa, ya no hace política; Maura no frasea cursi, ni amenaza ridículo, y hasta de La Cierva se ignora si ya está bueno ó murió del cólico cerrado, contraído efecto de una indigestión de llaves de teatros, de cafés, de tabernas y merenderos.

Las sesiones carecen de interés; el salón de conferencias ha perdido su animación habitual; los periódicos apenas hablan de política. Hemos llegado á la perfección, á ser gobernados sin Gobierno, que es la única manera de vivir sin sobresaltos ni contrariedades en España.

¡Dios conserve muchos bienes ese saldo de cadáveres en el Poder, y por mí que los embalsamen para que no se apolillen y tengan mejor ver en las solemnidades oficiales!

¡Qué felicidad no tener que ocuparme para nada de política!

Sobre mi mesa de trabajo han caído dos libros admirables: «Poesía de la Sierra» y «La gente del pueblo».

Sus autores, Carlos Fernández Shaw y José López Silva, se me aparecen agarrados de la mano, sobre mi cartapacio, evocando sus grandes y legítimos triunfos de «La chavala» y de «La revoltosa».

El dios Exito que los uniera en el escenario de Apolo, ha vuelto ahora á unirlos, después de varios años de separación, en los escaparates de las librerías.

Sus dos libros son igualmente hermosos; ofrecen el mismo contraste que sus personas.

Rubio es Fernández Shaw, atildado y soñador, y su libro «Poesías de la Sierra», es áureo, fulgurante, vaporoso. Moreno es López Silva, gallardo y malicioso, y su libro «La gente del pueblo» tiene la picardía, el desgaire y la gracia de un rostro gitano.

Ambos libros son dos temperamentos literarios, recios y definitivos.

Sus autores son dos poetas hechos y derechos.

¡Qué felicidad haber podido leerlos, en vez de las sesiones de Cortes, de las informaciones políticas, que, como periodista en ejercicio, estoy obligado á devorar cotidianamente!

Ahora sí que voy á tener tiempo de leer cosas buenas. Felipe Trigo me anuncia la aparición de otra novela, «La de los ojos color de uvas».

¡No os muráis, cadáveres gubernamentales!

El Señor conserve bienes y bienes vuestras ilustres momias, y mi simpático amigo el marqués de Altavilla os depare una sepultura perpétua, de toda confianza, al abrigo de exhumaciones clandestinas.

Dormid el sueño eterno, y digamos parodiando á Arolas:
que mientras estéis durmiendo,
podrá descansar España.

¡Qué alegría no tener que acordarnos para nada de política, más que un día al año: el día de Difuntos.

El Sastre del Campillo.

44

34-

Las Provincias

(Valencia)

- 25-6-908. -

DE RE LITERARIA

CARLOS FERNANDEZ SHAW. *Poesía de la Sierra*.—Madrid.

¡Un libro nuevo de poesías...!

En otros tiempos, cuando recibía alguno, era día de fiesta para mí. Con mano trémula de emoción cortaba sus hojas, y me detenía cada vez que me presentaban un título sugestivo, y leía con afán, y quedaba embelesado por poco que acertase el autor en herir las fibras del sentimiento ó acalorar la fantasía.

Hoy... ya no es lo mismo. Tomo el libro con prevención, y muchas veces se me cae de las manos. ¿Es que se ha embotado mi percepción estética? ¿Es que soy refractario á las sutilezas y refinamientos de los poetas nuevos, á su métrica extraña y su dicción innovadora? De todo habrá en la magia que ha perdido para mí la poesía hoy mas en boga, la poesía modernista.

Y este Fernández Shaw, muy celebrado ahora, debe andar por esos caminos. Veamos. Comencemos por el principio:

Cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfria,
¡qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía!
¡Cuán lozana reverberas
ante mis ojos cansados!
Verdes lucen tus laderas,
verdes relucen tus prados,
de amarillas
floreillas—salpicados.
Risueño, primaveral,
sus rayos derrocha el sol,
un sol rumboso y jovial,
clásicamente español.

Apretados, rumorosos,
con el rumor de los mares,
trepan hasta el horizonte,
subiendo de monte en monte,
los verdinegros pinares.
Pasa el aire tibio y lento,
regalando
con su aliento
los olores—campesinos,
de las flores—y los pinos,
y va el arroyo cantando
por la sombrosa hondonada...
¡Qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía,
cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfria!

¡Qué fortuna! Me equivoqué de medio á medio. Esta es poesía natural y espontánea, no sacada con forceps de lo mas recóndito del ingenio; esto huele y trasciende á campo y á monte sano y hermoso, á campo y á monte nuestros, á tierra castellana. Esa poesía, que el autor titula *Invocación*, decide mi juicio; no puede ser pesado, ni flojo, ni indiferente, libro que comienza tan bien.

Esto pensé, y seguí leyendo, de una sentada, hasta la última página. Y después quedé largo rato meditando dulcemente y viendo ante mis ojos la *Sierra*, de Fernández Shaw, y respirando su ambiente sano, y bañándome en la luz de aquel sol rumboso y jovial, clásicamente español.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

* * *

Bueno es que toda obra poética tenga en el fondo algo de verdad. Si es puramente imaginaria, suele faltarle calor; no interesa ni conmueve. El autor de *Poesía de la Sierra* estaba enfermo y decaído. En busca de la salud, salió de Madrid y se refugió en la serranía cercana. Allí, el ambiente saludable, el cielo puro, las hermosas perspectivas, la vida tranquila y apacible, confortaron su salud y serenaron su espíritu. Ese resurgimiento á la vida es lo que inspiró este libro; sus composiciones fueron himnos á la naturaleza salvadora. Y como los sentía hondamente, los hace sentir á sus lectores. Estoy seguro que todos estos, si leyeren los versos de Fernandez Shaw, metidos y envueltos en el tráfago de las ciudades, y hablasen en latín, exclamarían como el poeta de la corte de Augusto, *ó rus, quando ego te aspiciam!*

Esos cuadros del campo nos impresionan y deleitan porque están tomados, y bien tomados «del natural», lo cual no es muy frecuente en la literatura española. En nuestro siglo de oro nuestros poetas pintaban el campo «de manera», no como lo veían, sino convencionalmente como lo pintaron sus maestros los italianos. Y ese convencionalismo, por muy hermoso que sea, no es lo que hoy gusta. La naturaleza, sin afeites retóricos, es mas bella. Y en cada país tiene algo de distinto. Por eso los versos del malogrado Gabriel y Galán fueron tan bien recibidos. El poeta extremeño nos daba la visión directa y exacta del campo en su país, monótono y pobre para los ojos vulgares, lleno de severa y augusta poesía para el corazón que sabe sentirla. Algo, mucho, de lo que tanto aplaudimos entonces, lo hemos de aplaudir ahora en la *Poesía de la Sierra*.

Creía yo (y antes lo he indicado) que Fernandez Shaw estaba tocado del *modernismo*; en su nuevo libro veo que, no mucho, pero algo tocado está. No me atrevo á censurarlo, pero lo hago notar. Como literato de exquisito gusto y sólida instrucción, no sigue á los novadores en sus extravíos lamentables; pero algo adopta de sus tendencias, más en la forma que en el fondo. Promiscua: unas veces sigue, con gran gallardía, la tradición castiza, propiamente española; otras, emplea con feliz ingenio algunas de las nuevas maneras de versificar. A mí, pegado á lo antiguo, me gustan mas sus poesías de la primera manera. El viejo romance castellano lo usa con tan noble naturalidad, con tanta galánura, como puede verse en los titulados *Toque de ánimas*, *La balada de los viejos*, *La de los ojos negros*, *Rosas del monte*, *El Campo Santo*, *Caracol*. Hay en sus versos (de esta manera) rasgos de gracejo genial dignos de Lope de Vega ó Tirso de Molina. Dice, describiendo una belleza serrana:

Cual la mies que el sol dorara
y acicalara la lluvia,
es muy rubia, rubia clara...
¡No he visto rubia mas rubia!
Tiene la color de rosa,
como una rosa de abril;
la cara, de frente, hermosa;
lindísima de perfil;

Ojos de color de cielo,
con transparencia de tules...
—¡qué bien casa, rubio el pelo,
con unos ojos azules!—
Dulces ojos de mujer,
soñadores y rasgados;
abiertos para el querer,
para el ensueño entornados;
Nariz muy fina, un lunar
sobre los labios asoma;—
boca de alegre besar,
cuello de blanca paloma;

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

46

Busto de estatua gentil,
de junco el flexible talle...
¡No ha nacido flor de abril
tan gañana en este valle!

El modernismo de este excelente poeta se reduce á adoptar algunas de las combinaciones métricas empleadas por la nueva escuela. Entiendo yo que cada idioma tiene metros que le van mejor, y que por eso se usan más. En la poesía castellana, desde el siglo XVI, el octosílabo de nuestros antiguos romances, y el endecasílabo, venido de Italia, son los preferidos, aunque también se emplean otros. Y con ello basta. Es innecesaria y puede ser perjudicial la renovación que intentan los modernistas. Pero no hay que cerrar la puerta á toda innovación. En las que admite el autor de *Poesía de la Sierra*, sólo lastima mis oídos la mezcla de versos endecasílabos con los de catorce sílabas. La usan también los poetas catalanes; á mí siempre me ha disonado.

Fernández Shaw parece enamorado de otra forma métrica: los pareados de catorce sílabas. En composiciones largas serían inadmisibles por pesados y monótonos. En poesías cortas tienen buena sonoridad y cierto atractivo. En el libro que he leído con tanto agrado, hay cinco de ellas, todas muy hermosas. Y como son, á la vez, modelo de pintura *après nature*, copiaré un pequeño fragmento:

El pinar hermosísimo es una jaula abierta,
con el alba gozosa, el pinar se despierta.

Del pinar se descuelgan los pájaros diversos,
como si un gran poema desgranara sus versos.

Las águilas revuelan altísimas. Abajo
va rasgando los aires con sus alas el grajo.

Van cantando los cucos, y engañando, ladinos.
Dijérase que suenan relojes en los pinos.

Vuelan por todas partes, con caprichosos vuelos,
libres como las auras bajo los anchos cielos,

Los mirlos enlutados y los cuclillos grises,
pica-pinos muy rojos y menudos malvises,

Ágiles andaríos, rápidos verderones,
tordos, agachadizas, alondras, gorriones...

Los pardillos humildes, las urracas voraces...
abulillas crestonas y rondajos torcaces...

Ya sueltos, ya en bandadas; ya bajo el bosque.
A veces huyendo de los árboles con largas esquivaces,

Aquí y allá se escuchan sonidos de aleteos,
escalas peregrinas de trinos y gorjeos;

Revueltos en el aire, del aire confundidos,
con silbos estridentes y enérgicos chillidos.

La contemplación de la naturaleza promueve y excita el sentimiento religioso. Esta nota no podía faltar en la *Poesía de la Sierra*. Tiene nuestro poeta un alma cristiana, que imprime su propio carácter en los cuadros que le presenta el campo. Hasta llega á fantasear que las montañas rezan la *Salve*.

En el silencio augusto de la noche
va sonando la voz de las montañas;
las altas cimas á los cielos rezan,
las viejas cumbres con los cielos hablan.
«¡Dios te salve, María», va diciendo
la voz de las montañas á los aires...
«Reina y señora del linaje humano,
dulce Señora de la sierra, salve!»

Y cuando, en la soledad del campo, oye el lejano toque de la oración, experimenta el poeta «una emoción muy triste—pero muy dulce también», y cuando se pierden sus ecos:

En tanto, yo, todavía
rezo y lloro y rezo;
por todos los que me amaron,
y pasaron... y se fueron.
¡¡Por cuantos hoy me quisieran!!
¡¡Por mis vivos y mis muertos!!

¡Ay, que el llorar es alivio,
como el rezar es consuelo!
¡Llorad bien, llorad, mis ojos!
¡Recemos, alma, recemos!
¡Dios nos mira! Dios me escucha
compasivo...

PADRE NUESTRO...

VALENTINO

(Teodoro Llorente)

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

47

37.

La "Gaceta Política"

16-6-908

BIBLIOGRAFÍA

Poesía de la Sierra.—Por Carlos Fernández Shaw.

De forma correcta, impregnados de una honda y bella melancolía, son los versos que Fernández Shaw ha publicado con el título *Poesía de la Sierra*.

El poeta, en su vagar por la montaña, ha sentido la caricia consoladora de la Naturaleza, su voz de silencio con que muchas veces hace que nos aterremos de la soledad, y ha querido vivir

bajo el influjo sereno
del airecillo serrano,
que es tan sano...
por lo mismo que es tan bueno...

y ha deseado la muerte por el solo placer de descansar en el *Campesanto de la aldea, donde nada el encanto de la muerte distrae*.

Ha visto la sierra con los ojos del observador minucioso, y ha vivido en su ambiente con el alma pura de un gran poeta. Así ha podido describir la tormenta con riqueza de imágenes, y ha podido sentir la olímpica lucha entre el viento y la nube, y el paso de la sombra de Virgilio por el sereno ambiente de un atardecer.

La carreta es una de las composiciones más completas del libro, y de una grandísima originalidad.

¡Oh, carreta de bueyes bajo el sol!... Se dijera
que caminas tan poco porque nadie te espera.

Hoy se arrastra mi verso, de indolente poeta,
con la música triste de la pobre carreta.

Estas exclamaciones revelan un temperamento de verdadero artista melancólico y vehemente, tal como nos le describe en *Confesión*.

Fernández Shaw fué siempre un notable poeta, pero su espíritu delicadísimo no se ha sustraído á la influencia del actual Renacimiento, dentro del cual ha sentido, ha pensado y ha hecho su hermosa *Poesía de la Sierra*.

S. Y. F.

135

3-

La Lectura

Mayo - 1908.

—

POESÍA

POESÍA DE LA SIERRA, por Carlos Fernández Shaw. Madrid, 1908.

La Sierra y el Dolor dictaron los versos y Carlos Fernández Shaw supo darles forma correctísima, tradicional y moderna á la vez. En el sosiego de la sierra, las inquietudes y alucinaciones del dolor se apaciguan y amansan. Pueden más las cumbres, que intentan escalar los pinos; los arroyos cantarines, que se despeñan monte abajo; las lejanas carreteras, por las que van tardas y rechinantes las carretas cargadas; las mañanas de sol y las noches silenciosas, que los fantasmas del mal y los prestigios del miedo. Para el hombre de la ciudad que se entrega todo al campo, el campo tiene consuelos y salud; tiene también la poesía. ¡Dichoso el hombre de la ciudad que puede verla y cantarla, siendo como es, ciudadano, sin empeñarse en ser á viva fuerza campesino!

Este es el principal mérito del libro de Fernández Shaw. Se ha dejado penetrar por la sugestión de la sierra, y bien imbuído de ella, la ha cantado á plena voz, con reconocimiento amoroso, como nobilísimo huésped y no como hijo. El elemento descriptivo aparece subordinado á la impresión subjetiva. Más que la poesía de la sierra, dice este libro los sentimientos del poeta en la sierra.

Hay en muchas composiciones la obsesión del dolor, que no quiere calmarse. La titulada *Misterios* tiene una honda preocupación comunicativa, un contagioso temor, como el que aletea en algunos sombríos versos de Rollinat. *Toque de ánimas* y, con menos fuerza, *La balada de los viejos* responden al mismo obscuro sentimiento.

La *Invocación*, *Bucólica*, *La carreta*, *Cantos del pinar*, *Nocturno*, que cuento entre las que más me agradan, son notas de gran tersura y limpidez. *Invocación*, por sí sola, es compendio de todo el libro; en su primera parte, la «poesía de la sierra» luce con todo esplendor; de versificación es fluidísima, y hace pensar en los buenos modelos españoles del siglo xv. *La carreta* es acaso la composición más acabada del libro.

*¡Ah, carreta de bueyes bajo el sol!.. Se dijera
que caminas tan poco porque nadie te espera.*

Hay en sus versos un ritmo de onomatopeya, lento, cansino. Ninguna palabra está de más.

*Hoy se arrastra mi verso de indolente poeta...
con la música triste de la pobre carreta.
Mas ¿qué importa? Mi verso con razón se retarda.
¡Ningún alma, que rime con la suya, le aguarda!*

Hay mucho aroma popular en los romances *Maldición serrana* y *La de los ojos negros*. Un alarde de vigorosa versificación en *La tormenta*.

Una última observación. Carlos Fernández Shaw, que lee maravillosamente, ha hecho versos de lector. Yo aconsejaría á todos que los leyeran en voz alta; la puntuación, cuidadísima, lo facilita mucho y es una prueba más de las extraordinarias condiciones de lector que tiene el poeta. Leyendo sus poesías en alta voz se añadirá nuevo encanto á este libro sincero y honrado, ejecutoria de una notabilísima personalidad poética.

Enrique dies Canedo

LENGUAS DE FUEGO, por Salvador Rueda. Madrid, 1908.

L Este libro del maestro andaluz recoge poesías de su primera época y poesías de fecha muy reciente. Y aquellos versos juveniles que figuraban en *Cantos de la vendimia* y en otros tomos publicados años hace, al ser leídos de nuevo no han perdido nada de su maravillosa frescura.

La frescura campesina, la limpidez de la visión, la expresión viva, pintoresca, el sano amor de la naturaleza palpitante, fueron la aportación de Salvador Rueda á la poesía española. Se le llamó *colorista*; se le imitó en España; se le copió en la América latina. Dió al verso espontaneidad, movimiento, nuevo ritmo, inspirado casi siempre en los cantares del pueblo.

Poco á poco, el arbolillo joven, de hojas que cantaban al viento y daban apacible sombra, fué medrando y haciéndose frondoso, hasta tener hojas innumerables y tronco gigantesco. Todos los vientos de la tierra le agitaron con furia de tempestad, y su canción entonces fué descomunal y tumultuosa. El, que había engrandecido lo pequeño, quiso, lleno de sagrado furor, engrandecer lo grande, y su poesía tuvo una exaltación titánica, un desaforado lirismo.

Una idea, en él, se multiplica en imágenes, como un insecto que fuera estilizado de cien maneras distintas. Poesía de imágenes

14
El "diario de la Marina"

4-
29-4-908

POESIA DE LA SIERRA

Un libro del Sr. Fernández Shaw, que por tantos motivos goza fama de excelente literato y de poeta inspirado y correcto, tenía forzosamente que ser manjar exquisito y delicado, aun para los amantes de las buenas producciones, pues no en vano se dedican largos años, como lo ha hecho el ilustre hijo de Cádiz, al cultivo de las letras, adquiriendo en ellas continuamente, y en buena lid, triunfos envidiables.

Esto pensábamos al abrir las primeras hojas del libro *Poesía de la Sierra* que acaba de salir á la publicidad, y con su lectura pudimos confirmar plenamente el juicio que anteriormente habíamos formulado.

Poesía de la Sierra denota desde sus primeros versos la musa pletórica y rica de un gran poeta no contaminado por el modernismo ambiente. Las hermosísimas composiciones que constituyen el volumen, producto son todas de una inspiración vigorosa y sana, que cautiva y conforta el espíritu, haciéndole pensar y conmoviéndole dulcemente con los pesares y con las pasiones magistralmente trazados por el poeta en su rima correctísima y sonora.

No hay en todo el libro una sola poesía, y pasan de cuarenta las que contiene, á la que pueda tachársela de defectuosa, siendo todas, por el contrario, hermosísimas, como producto de la esplendorosa y potente musa del Sr. Fernández Shaw, que, con esta obra, viene á enriquecer la buena poesía castellana.

Bien quisieramos poder transmitir á nuestros lectores una idea, siquiera aproximada, de las grandes bellezas que este libro singular contiene, pero esto es empresa solo realizable con su lectura, y seguros de esto vamos á permitirnos reproducir una de sus poesías, recogidas al azar, rogando al autor nos perdone esta libertad, hija de la admiración que sus magníficos versos nos han producido:

15

5-

LA SALVE DE LAS MONTAÑAS

En el silencio augusto de la noche
va sonando la voz de las montañas.
Las altas cimas á los cielos rezan,
las viejas cumbres con los cielos hablan ..

“¡Dios te salve, María!”, va diciendo
la voz de las montañas, á los aires...
Reina y Señora del linaje humano,
dulce Señora de la sierra, ¡Salve!

“Fiel en tu amor, clemente, y poderosa;
Cifra de las virtudes; Rosa mística;
Trono radiante de la suma Ciencia;
Fuente del esplendor y la alegría:

“Vaso espiritual; excelsa Torre
de pulido marfil; límpido Espejo
de la justicia; Madre cariñosa
de la Tierra infeliz; Puerta del Cielo;

“Salud de los enfermos, en sus cuftas;
Salud de las conciencias, en sus ansias;
Refugio de los tristes pecadores;
Estrella, sin rival, de la mañana;

“Reina de los profetas que te anuncian;
Reina mártir, señora de los mártires;
Señora de los Santos, que te miran;
Señora de los ángeles y arcángeles;

“Dios te Salve, María; siempre Virgen;
Tú, como nieve de la cumbre, intacta;
Tú, como brisa de la sierra, pura;
Tú, como el agua del regato, clara...!”

Suena la voz de las augustas cimas
en la calma solemne del silencio;
sube la voz, como en tranquilas ondas
el humo grato del quemado incienso.

“¡Dios te Salve, Señora!”, blandamente,
repite la plegaria de los montes.

“Vida, y dulzura, y esperanza eternas;
Madre de la Piedad! Madre del Hombre!

“Claman á Ti, los pobres desterrados;
claman á Ti los hijos de la Tierra;
mal se resignan á sus largas culpas;
culpas que fueron en su origen: Eva.

“Lloran, y lloran, suspirando siempre;
siempre anhelantes, sus inquietas almas;
siempre, al azar, en tenebroso abismo,
valle siniestro de perennes lágrimas.

“Vuelve á tus penas tus amantes ojos,
dulce abogada del linaje humano;
torna tus ojos á los hombres tristes:
rasguen sus noches, como vivos astros.

“Muéstrales á Jesús; dales que vean
luz de ilusión en lóbrego destierro;
muéstrales á Jesús, fruto celeste,
fruto de bendición. ¡Ruega por ellos!

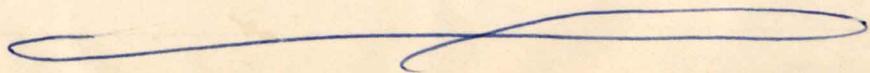
“Ruega por ellos, que tu gracia imploran;
hazlos, al fin, de tus favores dignos;
gocen, al fin, en éxtasis, las ricas,
gratas promesas del amor de Cristo.

“Mira que son sus infortunios hondos,
más que el profundo y encerrado valle;
más que el nublado tormentoso, negros;
más que el martirio del torrente, grandes.

“Logren perdón; misericordia; cesen
culpas impuestas por el sino aciago.
Madre de la Piedad, Madre del Hombre,
¡¡tregua, piedad, para el dolor humano!!”

.....

Dice la voz, y en la apacible noche,
bajo la inmensa bóveda, cuajada
de capullos de luz, se va extinguiendo,
la solemne oración de las montañas...



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Las poesías de Fernández Shaw

Ayer he recibido con afectuosa dedicatoria un ejemplar del libro de versos titulado «Poesía de la Sierra», que acaba de publicar mi querido amigo y paisano Carlos Fernández Shaw. Ya LA DINASTIA, en cuanto por los periódicos madrileños tuvo conocimiento del libro, se ocupó del mismo, pero yo no puedo dejar de escribir unas cuartillas agradeciendo el obsequio y haciendo del vate y de su nueva obra el merecidísimo elogio que se merecen.

Carlos Fernández Shaw es gaditano; aquí hizo sus primeras armas literarias, y á Cádiz dedicó los primeros cantos de su inspirada lira. Fué á Madrid; brilló allí en el Ateneo, distinguiéndose por la brillante manera de leer los versos, á los que sabe dar un estilo, un acento de marcada y natural inspiración. Compuso para el teatro, abordando el género grande y el chico, pero no el sicaléptico y el que produce desgraciadamente á los autores más dinero, sino el género chico de *La Revoltosa* y *La Chavala*, y otras por el estilo, que compiten dignamente con las joyas de este repertorio, *La Viejecita*, *Gigantes y cabezudos*, *El duo de la Africana*, *La verbena de la paloma*, etc., etc.

Ultimamente ha estado enfermo; esa pícara neurastenia, que no deja en paz á nadie, que perturba todo temperamento y que tras

torna por completo la organización del sistema nervioso; buscó refugio y alivio para sus inquietudes y trastornos físicos en la sierra del Guadarrama, y de esa temporada ha hecho un tomo precioso de poesías, donde se ve el fuego vibrante de siempre; el estro admirable no ha perdido ni por la angustia de la enfermedad ni por las penalidades de la vida.

No olvida desde aquellos montes, á su tierra, á su región gaditana, nombrándole en muchas de las composiciones que forman el volumen: fijémonos en la titulada *Las Hogueras*, uno de cuyos fragmentos voy á copiar:

II

¡Ay, que aquí, por la sierra en que habito,
dónde ha noches levanto mi tienda,
dónde busco la cura ó la enmienda
de este mal que me acosa, maldito,
—dominando en la cumbre al granito,
sin cesar fatigando la senda,—
se comete... *el enorme delito*
de ignorar tan hermosa leyenda!
Y en tan mágica noche no encuentro
ni misterios dichosos que encanten,
ni doncellas graciosas que ríen,
ni galanes apuestos que canten.
Y no puedo sentir esperanzas,
ilusiones de gloria y amor,
sólo siento pesar, y añoranzas
de otro tiempo, pasado y mejor,
de otra tierra, lejana, ¡la mía!

¡mejor que ninguna!
dónde habrá... ¡cuánto amor! ¡qué alegría!
¡cuanta gente que cante y que ría!...
¡esta noche! ¡á la luz de esta luna!

¡Ay, la alegre región gaditana;
mi tierra, lejana;
los Puertos... Chiclana...

que estaréis .. estaréis á estas horas
para mí tan esquivas, tan fieras,
como envueltos en lumbre de auroras
á la luz de las altas hogueras...!

¡Ay, mi tiempo pasado y perdido!
¡Cuánto y cuánto recuerdo querido,
de mis locos y vanos empeños,
me atormenta, me acosa, vencido!

¡Ay, por algo esta noche es de ensueños,
pero no de piedad ni de olvido!

Levantad, extended, —*candeladas*
de San Juan, en mi típica tierra,—
levantad y extended llamaradas
que iluminen mi lúgubre sierra;
llamaradas de amor y de fuego,
para un pobre, que muere de hastío;
para un triste, de espíritu ciego;
¡para un alma que tiembla de frío!

17

¡Que me llegue su luz! Que un instante,
como al sol de una rubia mañana,
mire yo, con transportes de amante,
mi ciudad, mi ciudad gaditana;
¡que yo sueñe también!, que me vea
como entonces, con alma de niño,
sin pesares ni angustias; ¡que crea
que en el mundo no hay más que cariño!
¡que no medran astutos traidores,
que no matan los grandes dolores,
que no arraigan los grandes temores
sino en ánimos viles, pequeños...!
¡Ame yo! ¡La velada es de amores!
¡sueñe yo, que es la noche de ensueños!!

Admita Carlos Fernández Shaw mi más entusiasta enhorabuena, por esta gallarda prueba que acaba de dar, y aunque mi felicitación por lo modesta, lo oscura y lo desautorizada nada le suponga para su gloria y sus éxitos, bien sabe que ha de recordar tiempos felices y alegrías de la juventud, testimoniándole una amistad antigua y probada.

W.

7-

El Popular.

- Málaga -

12-5-908.

ORIGENES Bibliografía

Dos libros notables

Prosa y versos; prosa castiza, vibrante, valiente; y versos armoniosos, sonoros, dulces, ofrecen los dos libros de los que nos vamos á ocupar brevemente, no por falta de deseo y buena voluntad para escribir acerca de ellos largo y tendido, como se merecen sus autores, ambos queridos amigos nuestros, y sus obras dignas de todo encomio, sino por apremios de tiempo.

Sangre y arena, novela original del gran escritor Vicente Blasco Ibáñez, es el primero de los libros á que hacemos referencia... ¿Qué vamos á decir de la novela y del novelista? ¿Que éste es el primero hoy entre los primeros novelistas contemporáneos? Esto lo sabe ya todo el mundo. ¿Que la novela es una maravilla? Lo ha dicho ya también la crítica más autorizada. Bástenos consignar que *Sangre y arena* es una obra, la última que ha dado á luz, digna, por todos conceptos, de Blasco Ibáñez.

Este, no necesita ya hace mucho tiempo los encomios de los artículos de la prensa para reputar sus novelas. Sobra con el anuncio de ellas. Con decir: —Blasco Ibáñez ha publicado otra nueva novela— estamos al principio y al fin de cuanto pueda decirse.

Y ya está dicho.

Poesías de la Sierra, versos de Carlos Fernández Shaw. Este poeta, de grande y justa reputación, acaba de dar á la estampa un voluminoso tomo de poesías. Forman el volumen cuarenta y tres composiciones, que no acreditan, sino que demuestran una vez más, la brillantez y la potencia del estro poético del autor.

Belleza, armonía, estilo puro y castizo, sentimiento, dulzura é inspiración, de todo se encuentra en estas poesías de Fernández Shaw.

El libro, una vez empezada su lectura, es difícil dejarlo de las manos hasta el final. Con esto, y tratándose de poesía en estos tiempos de prosa *prosaica*, está hecho su mejor elogio, por que hoy lo difícil no es hacer versos; lo difícil es hacer poesía que deleite, enterezca y haga sentir y pensar su lectura.

Y las *Poesías de la Sierra* consiguen eso.

Aquí hacemos punto por dos razones: la primera por que con pocas palabras puede decirse todo y creemos haberlo dicho; y la segunda por que siendo Blasco Ibáñez, autor de la novela y Fernández Shaw, autor de los versos, queridísimos amigos nuestros, no queremos que nadie pueda ver *bombo* exagerado ni apasionamiento de la amistad en lo que sólo es estricta justicia é imparcialidad de juicio al tratar de obras suyas, que ya antes de escribirse estas líneas han recibido la sanción del público y de la crítica.

OPINIONES DE UN LECTOR

"POESIA DE LA SIERRA"

He aquí un libro llano, sin sinuosidades ni dislocaciones, un libro de versos diferente á la mayoría de los libros de versos que se vienen publicando de diez años á esta parte. Fernández Shaw tiene, por fortuna, la necesaria personalidad y el suficiente buen gusto para no rendir pleitesía á la importación poética americana, que sobre corrompernos el idioma, viene á erigirse en inspiradora de los modernos bardos españoles. Nuestras devociones por Rubén Darío y por alguna obra de Icaza ejercieron de imán en torno de América, y de América, como antes iban á domeñarla navíos cargados de conquistadores, vienen ahora, para conquistarnos la Literatura, grandes trasatlánticos cargados de poetas. Si los Gobiernos hubieran estudiado este fenómeno, en los Aranceles de España habría una partida por la que se cobrarán á los poetas americanos derechos de Aduanas, según se hace con otras mercancías. No se obró así y el Erario ha perdido un importante ingreso.

La perturbación producida en nuestra Poética por los innovadores de ultramar, ha sido de incalculable transcendencia. De Rubén Darío—el modelo—no han tomado los jóvenes poetas la enseñanza de su triunfante *Sonatina*, sino algunas de las extravagancias, quizás las menos geniales,

que desfilan entre las *Prosas profanas*, y aquella construcción difícil para el oído bajo la que se desenvuelve la discutida epístola—más bien manual de Geografía y Horticultura—á la señora de Lugones. Los viejos modelos cayeron en desuso; una legión de furibundos iconoclastas lo arrasó todo. ¡Hasta ellos mismos se arrasaron! Hoy, de los poetas convertidos al modernismo subsisten Villaespesa—magnífico é inspirado,—español, Nervo, americano, y acaso dos ó tres más, mejor que por entero, fragmentariamente.

La revolución hizo en las reglas y en los moldes grandes estragos; el idioma fué descoyuntado y corrompido y el verso sereno y gracioso vino á ser una línea de palabras diabólicas, como si un juglar las lanzara al aire para recogerlas luego dentro del mismo espacio, pero sin orden, á capricho.

19

9-

Así ganaron la victoria los brillantes prosistas españoles sobre los modernos poetas. Por un Villaespesa ó un Darío, ¡cuántos orfebres de la prosa! Sin embargo, la importación americana continúa, favorecida por los autores del último Arancel...

* *

Fernández Shaw es algo distinto á estos poetas insoportables, por los que anhelamos la ruptura espiritual con América. *Poesía de la Sierra* es así: poesía de los riscos, de los picachos, de las frondas, del arroyo, del torrente, de los amores serranos, de las consejas serranas, de la campiña, del aire, de la luna y el sol... La vida de la Sierra palpita en éste libro, que recoge también, de la Naturaleza, sus paisajes y sus panoramas, sus alientos poderosos, sus furias, sus caricias, el alma de los seres y las cosas, la pasión que ruga y la pasión que halaga... Fernández Shaw puede llamarse, además del poeta de la Sierra, el poeta de la sencillez y de la sinceridad.

El mayor encanto de éste libro es la serena exposición del verso; todo él corre amablemente recogiendo la inspiración del poeta. Cuando esta se desborda, ó cuando pasa, arrollador y turbulento, un remolino pasional, el verso sigue fuerte y sereno, deslizándose sencillamente. Ni una palabra de estrambotismo lo disloca; ni una imagen de jeroglífico lo anula; ni viene el metro bárbaro á afearlo.

Para leer *Poesía de la Sierra* no es preciso saber el francés. No hay, tampoco, que recurrir al Diccionario de neologismos. Parece escrito para entendimientos infantiles y, no obstante, las personas de mayor razón y cultura no lo recusarán por vulgar. Indudablemente, Fernández Shaw, el poeta de la Serranía, es también el poeta de la sencillez...

* *

Atacado de neurastenia, fuése Fernández Shaw al Guadarrama, al hallazgo de la salud. Hallándose su existencia en tormento, no es este, aunque parezca raro, un libro atormentador, no parece el libro de un neurasténico. Se ve en él una ofrenda de gratitud por haber recobrado el poeta la salud perdida:

... Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre. Dictáronlo, de acuerdo, la Sierra y el Dolor.

Lectores, si los halla, lectores indulgentes; con él en vuestras manos, más bien que mis estrofas

tendréis mi corazón.

Pues las amarguras de éste dolor han sido destiladas tan suavemente que el lector no recibe el ariete de las grandes angustias; el poeta transmite el sentimiento sin herir con él, sin rasgar nuestro espíritu...